



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

El apoyo de los legionarios a las ambiciones
políticas de sus *imperatores* en época
tardorrepública

Carlos Suárez Cortés

Director: Francisco Pina Polo

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA
Año académico 2021/2022

Resumen

El apoyo que los legionarios prestaron a las ambiciones políticas de sus *imperatores* durante la República tardía no se produjo a raíz de la aparición de un ejército profesional, proletario y voluntario. Aquellas legiones seguían siendo una milicia cívica comandada por un representante de la República. El *imperator* poseía autoridad legal, tradicional y carismática sobre sus tropas, estableciendo en muchos casos relaciones de lealtad personal que a veces podemos calificar como clientelares. Ahora bien, los soldados no seguían por ello automáticamente a sus comandantes, sino que resultaba fundamental la comunicación entre ambas partes, pudiendo recurrir los soldados siempre al motín para lograr sus fines. Por tanto, el *imperator* debía convencer a sus soldados para que le apoyasen. En este sentido, las motivaciones materiales (botín, tierras y distribuciones monetarias) convivieron con las políticas.

Palabras clave: República tardía, legionarios, *imperator*, César, autoridad, motín, botín, legitimidad

Abstract

The support provided by legionaries to the political ambitions of their *imperatores* during the Late Republic was not the product of the appearance of a professional, proletarian, volunteer army. Those legions were still a citizen militia commanded by a representative of the Republic. The *imperator* possessed legal, traditional and charismatic authority over his troops, establishing in many cases relationships of personal loyalty that can sometimes be described as clientelistic. However, soldiers did not automatically follow their commanders, but the communication between both parts was essential, with the soldiers always being able to use mutiny to achieve their goals. Therefore, the *imperator* had to convince his soldiers to support him. In this sense, material motivations (booty, lands, and monetary distributions) coexisted with political ones.

Keywords: Late Republic, legionaries, *imperator*, Caesar, authority, mutiny, booty, legitimacy

Índice

1. Introducción.....	4
2. Estado de la cuestión	4
3. La problemática de las fuentes	6
4. Caracterización del legionario tardorrepblicano: origen social y reclutamiento	8
5. El liderazgo de los <i>imperatores</i> tardorrepblicanos	13
6. Un apoyo condicionado	19
7. Motivaciones materiales del apoyo	24
8. Motivaciones políticas del apoyo	29
9. Conclusiones.....	34
10. Bibliografía.....	36
Anexo 1. Eje cronológico de los conflictos internos de la República romana entre los años 91 y 30 a. C.....	43
Anexo 2. Breve catálogo de <i>imperatores</i> tardorrepblicanos	44
Anexo 3. Ejemplos de «entalles políticos» de pasta vítrea.....	48
Anexo 4. Ejemplos de <i>glandes inscriptae</i> alusivos al proconsulado de Sertorio	49
Anexo 5. Apariencia del legionario tardorrepblicano	50

1. Introducción

El periodo final de la República romana vino marcado por una deriva hacia el poder unipersonal que culminó en el principado de Augusto. Podríamos definir los límites de aquella República tardía entre el año 133 a. C., con el intento de reforma agraria de Tiberio Sempronio Graco, y el año 30 a. C., con la victoria definitiva de Octaviano (quien posteriormente recibiría el *cognomen* de Augusto) sobre Marco Antonio. Dos características de esta época, fuertemente vinculadas entre sí, fueron la proliferación de guerras civiles en el seno de la República¹, que aparecen a partir del 88 a. C., y el ascenso político de destacados *imperatores* al frente de poderosos ejércitos. Aquellos *imperatores* fueron personajes como Sila, Mario, Cina, Sertorio, Pompeyo, César, Marco Antonio u Octaviano²; figuras claves para entender el devenir de Roma en el siglo I a. C. Sin embargo, el presente Trabajo Fin de Grado no pretende realizar un relato cronológico de las guerras civiles, ni un análisis prosopográfico de la vida de aquellos personajes. Por el contrario, el objetivo que se ha planteado es examinar un fenómeno que se produce a lo largo del siglo I a. C., particularmente entre los años 88 y 30 a. C., y que hemos denominado «el apoyo de los legionarios a las ambiciones políticas de sus *imperatores*».

La pregunta fundamental que se ha buscado responder ha sido ¿por qué los legionarios romanos estaban dispuestos a seguir a sus comandantes en las guerras civiles? Ahora bien, las distintas lecturas me han hecho notar que tal respuesta quedaría incompleta si no se acompañara de un análisis más amplio sobre la figura del soldado romano en el siglo I a. C. y sobre las relaciones entre *imperator* y legionario durante el periodo tardorrepblicano. Esta cuestión es la que ha definido la estructura del trabajo. Por ello, tras haber realizado una serie de advertencias sobre las fuentes, se analizará cuál era la composición y el método de reclutamiento de las legiones. Posteriormente, se tratará cuáles eran las bases del liderazgo de los *imperatores* y hasta qué punto los soldados tenían poder para cuestionar aquel liderazgo o condicionar el apoyo que prestaban a su comandante. Entonces, podremos examinar cómo dos tipos de motivaciones, las materiales y las políticas, pudieron estimular a los soldados a seguir a sus comandantes en las guerras civiles. Todo ello viene acompañado de cuatro anexos, que pretenden ayudar a contextualizar mejor el trabajo o proporcionar un acercamiento visual al tema tratado.

2. Estado de la cuestión

La relevancia del tema tratado ha dado lugar una extensa colección de obras que han tratado el objeto de estudio desde distintas perspectivas. Ya en 1758 Le Beau y en 1870 Fustel de Coulanges se aproximaron a él al escribir acerca del ejército romano republicano, sumando a esto las interpretaciones presentes en la monumental *Historia de Roma* de Mommsen de mediados del XIX. Partiendo de la idea de la reforma de Mario, aquellas tres contribuciones sentaron el origen de muchas de las interpretaciones

¹ Véase el anexo 1.

² Véase el anexo 2.

que se han realizado sobre las motivaciones de las legiones tardorrepublicanas y sus relaciones con sus *imperatores*. Estas visiones se inclinaban preferentemente por los argumentos económicos, aunque resulta muy interesante la interpretación que realizaba Mommsen de los motivos políticos del ejército de César.

Si bien podríamos destacar los trabajos de Harmand en la década de los sesenta del siglo XX, que en gran parte repetían esa diferenciación entre el ejército de César y los demás; el historiador que se convirtió en referencia obligada durante mucho tiempo sobre el ejército romano tardorrepublicano fue Emilio Gabba, autor en 1973 de *Esercito e società nella tarda Repubblica romana*. Gabba conformó una de las interpretaciones más sofisticadas de la idea de un ejército proletario, profesional y voluntario, no tanto fruto de una reforma como de una evolución, desafecto de la República y movido por razones económicas, siendo clave además en el éxito del concepto de «clientelas militares». Junto a él, cabría destacar los trabajos de Brunt «The Army and the Land in the Roman Revolution» en 1962 e *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*. en 1971, que proporcionaron al comportamiento de aquel ejército proletario un encaje dentro del contexto agrario y demográfico de los siglos II y I a. C., con especial importancia en lo referente al reparto de tierras. Ambos autores sentaron un paradigma de gran duración.

A partir de aquí, me han sido de especial utilidad distintos autores que han trabajado las relaciones entre soldado e *imperator* desde diversos planos. Por un lado, tanto la tesis doctoral de Chrissanthos *Seditio: Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C.* (1999) como su artículo «Freedom of Speech and the Roman Republican Army» (2004) ilustran de forma muy clara la capacidad de acción autónoma que tenían los soldados en aquellas relaciones. Del mismo modo, la obra de 2008 de Phang *Roman Military Service. Ideologies of Discipline in the Late Republic and Early Principate*, con una importante influencia de la sociología weberiana, ofrece una perspectiva muy interesante acerca de la disciplina y la autoridad del *imperator* en el ejército romano. El trabajo de Lukas de Blois de 2007 sobre la relación del ejército y su general en la República tardía también es reseñable y una reciente obra colectiva, *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean* (2018), ha ofrecido una interesante panorámica acerca de la figura del *imperator*, puesto que contiene varias aportaciones que estudian la adecuación a estos comandantes del concepto de «señor de la guerra».

Podríamos citar también distintas síntesis breves sobre el ejército tardorrepublicano, como las de Alston (2002) y Cagniat (2007), o del ejército republicano en general, como podrían ser las de Potter (2004) o Erdkamp (2006). Por lo que se refiere a monografías, igualmente aparecen *The Roman Army and Politics in the First Century Before Christ* de Lukas de Blois en 1987 y *El ejército de la República romana* de Roldán Hervás en 1998, una de las pocas escritas en castellano y bastante continuista con las tesis de Gabba. Sin embargo, la principal obra sobre la actuación del ejército romano en el siglo I a. C. sería bajo mi punto de vista *The army in the Roman revolution* (2007) de Arthur Keaveney, quien analiza de forma muy completa las relaciones entre soldado y comandante, las motivaciones de los legionarios y su grado de iniciativa, diferenciando unos periodos silano, cesariano y triunviral. Su obra posee

ideas de gran interés como el concepto de la politización de los soldados (entendida como el inicio de su participación en política) y la posibilidad de la coexistencia de motivos económicos y políticos, así como la no diferencia de comportamiento entre soldados propietarios y proletarios.

A su vez, en los últimos años han aparecido trabajos de gran calidad sobre las motivaciones materiales y recompensas que recibían los soldados en época tardorrepública, como pueden ser «Colonization, Land Distribution, and Veteran Settlement» de Broadhead en 2007, el de Laignoux sobre las distribuciones monetarias excepcionales en 2014 o el de Thein en 2016 sobre el botín en la guerra civil silana. No obstante, desde otras perspectivas destaca el papel de Morstein-Marx en 2011 (y en 2006 con Rosenstein) al señalar el peso que lo político y la idea de legitimidad tenían en el apoyo que los soldados prestaron a determinados *imperatores*.

Del mismo modo, distintas síntesis sobre el periodo tardorrepúblico han resultado fundamentales para este trabajo, como las de Syme (1939) y especialmente *The Last Generation of the Roman Republic* de Gruen (1974) y *La crisis de la República (133-44 a. C.)* de Francisco Pina Polo (1999). El último hito historiográfico que me gustaría destacar sería *L'armée imaginaire. Les Soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République* de François Cadiou. Una obra fundamental y muy reciente, de 2018, que en buena medida contradice aspectos de todas las anteriores. Como más adelante veremos, sus tesis principales son la negación de la reforma mariana del sistema de reclutamiento y de la idea de un ejército voluntario y proletario en el siglo I a. C. Esto supone una ruptura con buena parte de los planteamientos que había mantenido la historiografía hasta entonces sobre el ejército tardorrepúblico y cuya fragilidad refleja Cadiou en esta obra. Si bien el autor admite que su propia propuesta también debe lidiar con la escasez de informaciones, su justificación en las fuentes parece más sólida que la de la visión tradicional.

3. La problemática de las fuentes

Las fuentes que poseemos para el estudio del tema propuesto son principalmente fuentes literarias, si bien el estudio de la cultura material también nos puede proporcionar alguna información. Podríamos dividir los autores de nuestras fuentes en dos categorías: contemporáneos a los hechos, como Cicerón (106-43 a. C.), César (100-44) y Salustio (86-44); y posteriores, como Plutarco (siglos I-II d. C.), Apiano (95-165) y Casio Dion (siglos II-III). Estos autores tienen una serie de elementos comunes que deben ser tenidos en cuenta a la hora de su lectura. En primer lugar, cabe señalar que provenían de las élites sociales, lo cual produce una separación entre ellos y la realidad social de los legionarios. Así pues, las fuentes no se esforzaban por comprender aquella realidad y solo se acercaban a ella a través de tópicos moralistas o de la invectiva política³. Como indica François Cadiou:

³ Cadiou, 2018, p. 396.

Cette caractéristique de la documentation constitue un obstacle considérable, et presque décourageant, pour qui cherche à atteindre le soldat de cette époque dans sa dimension sociologique.⁴

También hay que recordar que los autores del siglo I a. C. (Salustio, César y Cicerón) fueron políticos activos durante su época. Por consiguiente, a la hora de acercarse a sus textos hay que tener en cuenta que tenían una marcada finalidad política, así como un claro sesgo. Sirva como ejemplo como Cicerón en sus *Filípicas* consideraba a los legionarios de su bando «ciudadanos excelentes y valerosos»⁵ y a los de Marco Antonio «una tropa de horribles malhechores»⁶. Igualmente, las lecciones morales que aquellos autores pretendían transmitir a sus contemporáneos se pueden apreciar en lo escrito por Salustio sobre los soldados de Sila:

Allí se acostumbró por primera vez el ejército del pueblo romano al burdel, a beber, a admirar estatuas, cuadros de pintura y vasos cincelados, a robarlos a particulares y a la propiedad del Estado, a saquear los templos, a mancillar todo lo sacro y lo profano [...] ¿iban a ser ellos con sus costumbres corrompidas comedidos en la victoria?⁷

En cuanto a los autores posteriores, también hay que tener una serie de cautelas. El origen cultural griego de autores como Plutarco, Casio Dion o Apiano podía provocar que en ocasiones estos trataran de asimilar la realidad romana a categorías de pensamiento familiares a sus lectores griegos⁸. Igualmente, la distancia temporal con los hechos narrados creaba el riesgo de que aquellos historiadores cometiesen presentismo a la hora de explicar en sus relatos el comportamiento de los legionarios, como por ejemplo hacía Apiano⁹. Del mismo modo, Casio Dion era contemporáneo del emperador Septimio Severo (145-211), cuya recomendación antes de morir a sus hijos, Caracalla y Geta, era representativa del papel que desempeñaban los soldados en la época y la visión que de ellos se tenía: «estad en armonía, enriqueced a los soldados y despreciad a todos los demás»¹⁰. Sumado a la influencia del contexto en el que escribían, no hay que olvidar que en la memoria cultural romana existía la concepción de que los políticos y soldados de la República tardía habían sido corrompidos por la *avaritia*¹¹.

Además, la elevada posición socioeconómica de todos estos autores dentro de una sociedad tan fuertemente jerarquizada como la romana pesó claramente en su visión de los legionarios. El desprecio al inferior por parte del superior se aprecia claramente en las fuentes y, por tanto, como expresa Cadiou,

Rien d'ettonant, par conséquent, à ce que, comme dans le cas des *pauperes* avec lesquels ils sont la plupart du temps confondus dans les représentations des auteurs

⁴ *Ibidem*.

⁵ Cic. *Phil.* 14.34 [Las abreviaturas empleadas siguen el modelo del OCD, 1996].

⁶ Cic. *Phil.* 13.16.

⁷ Sall. *Cat.* 11.

⁸ Sirva como ejemplo Cadiou, 2018, pp. 259–260.

⁹ *Ibidem*, p. 335.

¹⁰ Cass. Dio. 77.15.

¹¹ Phang, 2008, pp. 160–162.

anciens, l'image des *militēs gragarii* véhicule nombre de préjugés négatifs, qui ne sont autres que ceux des membres de l'élite dirigeante de Rome envers tous ceux qui n'appartiennent pas à leur monde.¹²

Los autores antiguos concebían a los soldados como una masa de ignorantes¹³ y avariciosos. En la dicotomía que Plutarco hacía de la sociedad romana entre «los mejores» y «los más viles» tenía claro que los soldados entraban en la segunda categoría¹⁴. De este modo, podemos concluir que la imagen que nos llega de aquellos legionarios es considerablemente subjetiva, careciendo los soldados tardorrepublicanos de voces propias dentro de las fuentes. Además, resulta complicado individualizar la experiencia de cada soldado, pues los protagonistas de las narraciones no son ellos, sino sus comandantes¹⁵.

Todas estas son las dificultades que el historiador debe sortear a la hora de estudiar a los soldados de las legiones tardorrepublicanas.

4. Caracterización del legionario tardorrepublicano: origen social y reclutamiento

Resulta fundamental para el propósito de este trabajo analizar quienes componían aquellas legiones del siglo I a. C. En primer lugar, porque su origen social y forma de reclutamiento nos ayudará a comprender la naturaleza de aquel ejército y su mentalidad. En segundo lugar, porque durante mucho tiempo se ha explicado el cambio del comportamiento de los legionarios romanos en el periodo tardorrepublicano a partir de una modificación de su procedencia social.

Para Emilio Gabba, la aparición en este periodo de un ejército dispuesto a seguir a generales ambiciosos contra su patria se vinculaba precisamente a su transformación en un ejército de voluntarios proletarios.¹⁶ Aquella visión forma parte de una larga tradición que se remonta hasta el siglo XVIII, cuando Le Beau propuso que la entrada en las legiones de los más pobres, de aquellos que ponían todo en venta, incluso su honor, había convertido al ejército en «digne instrument des guerres civiles»¹⁷. Sin embargo, ¿cuál era la base para afirmar la transformación de las legiones en un ejército proletario? Esta sería el siguiente pasaje de *La guerra de Jugurta* de Salustio:

Él entretanto alistaba a los soldados, no según la norma tradicional ni por clases, sino al gusto de cada cual, la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio [*capite censi*].¹⁸

¹² Cadiou, 2018, pp. 323.

¹³ *Ibidem*, p. 326; Cic. *Phil.* 12.28-29.

¹⁴ Plut. *Sull.* 12.

¹⁵ Cadiou, 2018, p. 22.

¹⁶ Gabba, 1973, p. ix.

¹⁷ Le Beau, 1759, p. 468.

¹⁸ Sall. *Iug.* 86. Para un análisis completo de las fuentes sobre el reclutamiento del 107, véase Cadiou, 2018, pp. 78–112.

El fragmento hace referencia al reclutamiento realizado por Cayo Mario en el 107 a. C. para la guerra contra Jugurta en Numidia y, a pesar de su brevedad, ha tenido una importancia fundamental para la historiografía militar romana. Incluido este alistamiento por los historiadores dentro de la llamada «reforma militar de Mario», de él se deducía la modificación permanente del sistema de reclutamiento, suponiendo el fin de la tradicional conscripción por clases censitarias. En su lugar, los nuevos soldados serían voluntarios y pertenecerían a los *capite censi* o *proletarii*, aquellos por debajo de los requisitos económicos mínimos para formar parte de la quinta clase y que hasta entonces estaban excluidos del servicio militar.

Este cambio traía una serie de consecuencias: el ejército se había llenado de soldados pobres, proletarios, que veían el servicio militar únicamente como un medio de subsistencia, como una profesión, lo cual disolvía el espíritu de milicia cívica y el compromiso con la República. En el siglo XIX, Fustel de Coulanges señalaba que esos soldados pobres deseaban enriquecerse y para ello dependían de las recompensas proporcionadas por sus comandantes¹⁹, cuyas órdenes obedecerían hasta el punto de establecerse en la práctica «le régime monarchique» dentro del ejército²⁰. La pluma de Mommsen resumía así la mentalidad que se suponía a aquel soldado proletario: «su patria es solo el campamento; no sabe ni tiene más oficio que la guerra, ni más esperanza que su general»²¹. Ambos autores coincidían en que la reforma de Mario era el germen de la revolución política que llevaría al establecimiento del Imperio como sistema político²².

Ahora bien, a lo largo del siglo XX hubo cambios en la visión que se tenía de la proletarización de las legiones. Si Harmand seguía manteniendo el carácter abrupto de la reforma de Mario²³, una tendencia capitaneada por Brunt y Gabba planteaba que era el punto de llegada de un largo proceso de proletarización del ejército durante el siglo II a. C. que se manifestaba en la reducción del censo mínimo de la quinta clase²⁴. Existe certeza en torno al origen principalmente rural-campesino de los ciudadanos que servían como legionarios²⁵, por lo que su cumplimiento o no de los requisitos económicos necesarios derivaba de la cantidad de tierra de la que fueran propietarios. Aquellos ciudadanos que cumplían el requisito mínimo eran llamados *adsidui*²⁶. Entre la segunda guerra púnica (218-201) y el 107 a. C. el requisito mínimo para ser *adsidui* había caído primero de 11.000 ases a 4.000 y después a 1.500 ases, existiendo distintas propuestas sobre las fechas de cada reducción²⁷. Sin embargo, las consecuencias de estas

¹⁹ Fustel de Coulanges, 1870, p. 308.

²⁰ *Ibidem*, p. 307.

²¹ Mommsen, 1987, p. 207.

²² *Ibidem*, pp. 207–208; Fustel de Coulanges, 1870, p. 307.

²³ Harmand, 1969, p. 62.

²⁴ Brunt, 1962, p. 77; Gabba, 1973, p. 1; Gruen, 1995, pp. 366–367; de Ligt, 2007a, pp. 127–128; Keaveney, 2007, pp. 16–23; Potter, 2014, p. 69 .

²⁵ Brunt, 1962, pp. 74–75; Gabba, 1973, p. 56; Gruen, 1995, p. 368; Keaveney, 2007, p. 16

²⁶ Pina Polo, 1999, p. 20.

²⁷ Brunt, 1971, pp. 402–406; Gabba, 1973, pp. 13–25; Cagniard, 2007, p. 81; de Ligt, 2007a, pp. 124–127; de Ligt, 2007b, pp. 15–18.

reducciones para Brunt eran claras: para el tiempo de Mario el mínimo era tan bajo que la diferencia entre un *adsidui* y un proletario era virtualmente inexistente²⁸. De este modo, difícilmente se podía considerar propietarios a los soldados²⁹ y, según Gabba, la reforma de Mario aparecía como la consecuencia «lógica ed inevitabile» de esta evolución, no variando mucho en su composición el ejército proletario, profesional y voluntario posterior al 107 con el anterior³⁰.

La proletarización del ejército era vista como consecuencia de la caída del número de *adsidui*³¹ durante el siglo II a. C., provocada por la crisis del campesinado que llevaba a la falta de hombres potencialmente reclutables, una carencia de «manpower». Este planteamiento concordaba además con la interpretación de la ley agraria de Tiberio Sempronio Graco en el 133, la cual según Apiano tenía como principal objetivo «lograr un aumento de la población libre que, a su vez, incrementara la cantidad de hombres susceptibles de ser reclutados para el Ejército»³². Se han propuesto distintas teorías demográficas y económicas sobre las causas de aquel aumento del proletariado y descenso de los campesinos propietarios a lo largo del siglo II a. C.³³. Sin embargo, interesa especialmente por la temática del trabajo una propuesta, que tuvo gran influencia, según la cual el servicio militar por conscripción sería también responsable en la ruina de los *adsidui*³⁴. Resumidamente, las guerras serían más largas y lejanas desde la segunda guerra púnica (218-201), rompiendo así el patrón estacional de campañas estivales tradicionalmente mantenido por los romanos, lo cual impediría a los soldados regresar a sus explotaciones familiares para las labores de arado y siembra. La ausencia durante varios años de aquellos legionarios impediría a sus familias salir adelante y provocaría la ruina de aquel pequeño agricultor obligado a servir. A partir de la interpretación de Brunt, se derivaban dos consecuencias de este hecho: «the repugnance of the citizens to conscription»³⁵ y que «even when the legionary was a man of some property, army service would soon reduce him to the same economic level as his proletarian comrades»³⁶.

Ahora bien, el modelo de la «reforma de Mario» ha recibido diversas críticas y cuestionamientos. Por un lado, se atestiguó la presencia de casos de reclutamientos de voluntarios antes del año 107³⁷. Por otro, frente a la idea de que Mario abolió la conscripción o que esta cayó en desuso tras él, Brunt planteó la idea de que la conscripción seguía siendo una forma normal de reclutamiento en el siglo I a. C.³⁸, aunque ahora se dirigiese a los proletarios dado que estos eran la vasta mayoría de la

²⁸ Brunt, 1971, p. 406.

²⁹ Roldán Hervás, 1996, p. 35; Potter, 2014, p. 69.

³⁰ Gabba, 1973, pp. 29–30.

³¹ Brunt, 1971, p. 75.

³² Pina Polo, 1999, p. 27.

³³ Gabba, 1973, p. 22; De Ligt, 2007a, p. 127; de Ligt, 2007b, p. 20; Keaveney, 2007, p. 19.

³⁴ Brunt, 1962, p. 75; Brunt, 1971, p. 401; de Blois, 1987, p. 8; Roldán Hervás, 1996, pp. 24–30; Keaveney, 2007, p. 16.

³⁵ Brunt, 1971, p. 398.

³⁶ Brunt, 1962, p. 75.

³⁷ Brunt, 1971, pp. 393–396; Gruen, 1995, p. 367.

³⁸ *Ibidem*, pp. 408–411.

población. De este modo, aquellos proletarios servirían, no voluntariamente, sino obligados, durante una serie de años variable. Si bien Polibio decía que los soldados de infantería romanos servían dieciséis años³⁹, el cálculo de la media entre el tiempo cumplido por varias legiones y las Tablas de Heraclea sugieren más bien un promedio de seis años de servicio⁴⁰.

A su vez, Rosenstein cuestionó que entre fines del siglo IV y la segunda guerra púnica existiese aquel patrón de guerra estacional⁴¹, planteando también a través de una reconstrucción de las familias campesinas y sus métodos de explotación agraria que la marcha de sus hijos a la guerra no supondría su ruina⁴². Así pues, ciertos autores han afirmado que aquella ruina del campesinado a la que se refería Tiberio Graco no se debería al servicio militar⁴³. Algunos incluso han escrito que el declive del campesinado ha sido sobreestimado y que no hubo ninguna falta de «manpower» durante el siglo II⁴⁴ (pero sin exponer una explicación alternativa a la bajada del mínimo de la quinta clase) o que existía menos pobreza en el campo de lo que la retórica de las propuestas de leyes agrarias nos ha hecho creer⁴⁵. Mientras tanto, la arqueología no ha aportado conclusiones fácilmente generalizables, reflejando más bien la variedad de situaciones entre distintas regiones⁴⁶.

Regresando al reclutamiento, Keaveney propuso que tras Mario no se volvió a reclutar proletarios en gran número hasta la guerra de los aliados (90-88) y la primera guerra civil (88-81), siendo en época triunviral cuando se pasó a su reclutamiento en masa⁴⁷. Gauthier, dentro de su crítica al concepto de «reforma de Mario», dio un paso más allá afirmando lo siguiente: «there is little convincing evidence for such “Marian” reforms, nor is there good evidence for the presence of large numbers of *proletarii* in the army after Marius»⁴⁸, «the bulk of the army still appears to have been drawn from propertied classes, with little reliance on *proletarii*»⁴⁹.

Ahora bien, la principal revisión de la proletarización de las legiones romanas ha sido realizada por François Cadiou, quien a través del estudio de los soldados del siglo I a. C. la presenta como «un postulat dépourvu de tout fondement»⁵⁰. Para ello, analiza el reclutamiento de voluntarios del 107, lo que le lleva a plantear que este fue fruto de unas circunstancias específicas y que el pasaje de Salustio anteriormente visto ha sido

³⁹ Polyb. 6.19.2. Cabe destacar que existe debate sobre si la cifra en el texto original era seis o dieciséis (Brunt, 1971, p. 399; Gruen, 1995, p. 179).

⁴⁰ Brunt, 1971, pp. 399–401.

⁴¹ Rosenstein, 2004, p. 26.

⁴² *Ibidem*, pp. 63–106.

⁴³ Rosenstein, 2004, p. 406. En el mismo sentido, Erdkamp, 2006, p. 290; Morstein-Marx y Rosenstein, 2006, p. 630.

⁴⁴ Erdkamp, 2006, pp. 289–291.

⁴⁵ Morstein-Marx y Rosenstein, 2006, p. 631.

⁴⁶ Alston, 2002, pp. 22–27; Tatum, 2006, p. 191.

⁴⁷ Keaveney, 2007, pp. 25, 28.

⁴⁸ Gauthier, 2016, p. 116.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 114.

⁵⁰ Cadiou, 2018, p. 396.

sobreexplotado para llenar el vacío de información que hay entre Polibio y César, recordando que las fuentes que disponemos sobre el 107 en ningún momento hacen alusión a un cambio permanente:

l'idée d'une opposition entre armées pré- et post-mariennes n'en constitue pas moins un cadre conceptuel qui continue depuis deux siècles à orienter toutes les analyses sur l'évolution de la composition et de la mentalité des légions à la fin de la République [...] les rares auteurs anciens qui évoquent le dilectus de 107 av. J.-C. n'associaient celui-ci à aucune idée de réforme à long terme, ni à aucune préoccupation de type socio-économique⁵¹.

Del mismo modo, a partir del análisis del reclutamiento de las legiones del siglo I a. C., coincide con Brunt en que los ejércitos del periodo tardorrepublicano seguían reclutándose por conscripción, si bien difiere con este en que existiese realmente una actitud negativa hacia la conscripción por parte de la población⁵². El hecho de que la gran mayoría de soldados fuesen conscriptos no niega la existencia de voluntarios en el seno de las legiones, cuya existencia también puede corroborar, aunque aparecen como una minoría⁵³.

Ahora bien, en cuanto al origen social de los soldados, Cadiou recuerda que el abandono del sistema censitario no es mencionado en ninguna fuente⁵⁴ y que la calificación de los legionarios romanos por los autores antiguos como *pauperes* [pobres] se enmarca en la tendencia de los miembros de la élite social (caballeros y senadores) a considerar como pobre a todo aquel que no cumpliera con unos mínimos económicos extremadamente elevados, indiferentemente de la variedad de situaciones que había dentro del *populus*⁵⁵. Por el contrario, el estudio de los componentes de las legiones del siglo I a. C., con todas sus dificultades, refleja la presencia de ciudadanos acomodados⁵⁶, sin que aparezca aquel ejército de pobres que mantenía la historiografía. Seguramente las legiones reflejarían en sus integrantes la diversidad de aquella sociedad cívica censitaria, pero los propietarios tendrían el papel predominante⁵⁷. Así parece demostrarlo, por ejemplo, el siguiente fragmento de Apiano situado en el 67 a. C., durante la tercera guerra mitridática:

el procónsul de Asia envió heraldos, por distintas partes de la provincia, para proclamar que los romanos acusaban a Lúculo de haber prolongado la guerra más allá del tiempo necesario y que los soldados de su ejército quedaban licenciados y se confiscarían los bienes de los que no obedecieran. Una vez publicadas estas noticias, el ejército se

⁵¹ *Ibidem*, p. 117.

⁵² *Ibidem*, pp. 217, 267–268.

⁵³ *Ibidem*, pp. 240–253.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 285.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 319.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 356–392.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 393.

disolvió de inmediato, a excepción de unos pocos, que, por ser muy pobres y no temer al castigo, permanecieron junto a Lúculo.⁵⁸

Por tanto, frente al paradigma de la existencia de un ejército voluntario, profesional y proletario en el último siglo de la República romana, vemos que se mantiene la idea del ejército romano como una milicia cívica, «un groupe de citoyens qui, à l'appel du sénat et des magistrats supérieurs, est sollicité pour prendre les armes en vue de défendre la cité, et consent le faire»⁵⁹, y que

l'armée romaine dite «post-marienne» [...] n'a jamais existé que dans l'esprit des spécialistes modernes [...] l'hypothèse d'une proletarianisation des légions à la fin de la République [...] n'est absolument pas attesté dans la documentation [...] l'armée de citoyens pauvres à laquelle l'historiographie moderne a coutume d'attribuer une responsabilité décisive dans la crise et la chute de la République romaine s'apparente, en fait, à une armée imaginaire.⁶⁰

Considerando que las propuestas de Cadiou son válidas según su justificación en las fuentes, parece incorrecto explicar el apoyo que los legionarios prestaron a sus *imperatores* durante las guerras civiles a partir de un cambio en su origen social que no se produjo. Además, Keaveney y Cadiou han propuesto que no habría diferencias de comportamiento entre propietarios conscriptos y proletarios voluntarios⁶¹, aunque el fragmento anterior de Apiano me genera alguna duda al respecto. Más allá de esto, por los motivos anteriormente expuestos, en este trabajo se tratará de analizar un mayor número de factores para explicar el apoyo de las tropas a sus *imperatores*, empezando por las bases en las que se asentaba aquel liderazgo.

5. El liderazgo de los *imperatores* tardorrepublicanos

Para entender el liderazgo que un *imperator* poseía sobre sus tropas y el motivo por el que estas le obedecían, convendría recordar que el sociólogo Max Weber afirmaba que «la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos (o para toda clase de mandatos) [...] puede descansar en los más diversos motivos de sumisión»⁶². No solo hallamos una «voluntad de obediencia» en los legionarios por motivos de interés (los cuales trataremos más adelante), sino que también influiría la autoridad de su comandante. El modelo weberiano definía tres tipos de autoridad según su fuente de legitimación: autoridad legal, autoridad tradicional y autoridad carismática⁶³.

⁵⁸ App. *Mith.* 90; Gauthier, 2016, p. 114; Cadiou, 2018, pp. 366–367.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 119.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 395.

⁶¹ Keaveney, 2007, p. 28; Cadiou, 2018, p. 412.

⁶² Weber, 2002, p. 170. Sobre la aplicación de Weber al ejército romano, véase Phang, 2008, pp. 21–29; Morstein-Marx, 2011, pp. 276–277.

⁶³ Weber, 2002, p. 172.

Si nos centramos en la autoridad legal, por ella «se obedecen las ordenaciones impersonales y objetivas legalmente estatuidas y las personas por ellas designada»⁶⁴. En el caso de los *imperatores*, convendría recordar que estos no eran aventureros privados⁶⁵, sino magistrados (pretore y cónsules) y promagistrados (propetores y procónsules) de la República romana. Su *imperium*, es decir, su poder de mando militar sobre las tropas a sus órdenes era una concesión de la República a través del senado o de la celebración de comicios. Como indica Erdkamp,

The government of the Roman Republic, embodied in assemblies, the Senate, and magistrates and expressed as *senatus populusque romanus* (SPQR), claimed sovereignty over all members of the body politic. As part of this, the legitimate use of force was confined to representatives of the state. Their power to act as representatives of the state, symbolized by the *fasces*, was called *imperium*.⁶⁶

Es cierto que durante la República tardía aparecen casos en los que se concede un *imperium extraordinarium* a un simple particular (*privati cum imperio*), sin que desempeñase ninguna magistratura⁶⁷, pero esto no alteraba que actuase, formalmente, en nombre de la *Res Publica*.

Conviene recordar además que los soldados en el momento de su reclutamiento juraban (mediante el *sacramentum*) obedecer a su *imperator*⁶⁸, si bien se desconoce la fórmula exacta. Phang considera que el juramento militar creaba en el periodo tardorrepblicano un vínculo personal entre soldado y comandante⁶⁹, sacralizado además por el carácter religioso del juramento según Brunt⁷⁰. El propio término *sacramentum* alude a esa dimensión religiosa, siendo «el acto de consagrarse a los dioses y de aceptar su venganza en caso de contravenir la palabra dada»⁷¹. Según Marco Junio Bruto, César se había aprovechado del juramento de sus soldados para conducirles contra la patria sin que ellos quisieran⁷². Más adelante, valoraremos si el juramento realmente podía crear un régimen de obligación tan severo.

Cambiando de tema, Phang ha destacado que el hecho de que los magistrados romanos fuesen aristócratas podría haber sido una fuente de autoridad tradicional⁷³. Al fin y al cabo, existía una tradición de la superioridad de los miembros de la *nobilitas* patricio-plebeya en la jerarquía social, lo cual podría reforzar de cara a aquellos soldados-campesinos «la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad»⁷⁴. No hay que olvidar que para el aristócrata romano el mando militar era «simply a facet of political leadership, part of what it meant to be a Roman aristocrat

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Gruen, 1995, p. 4.

⁶⁶ Erdkamp, 2007, p. 97.

⁶⁷ Pina Polo, 1999, p. 248.

⁶⁸ Polyb. 6.21; Chrissanthos, 1999, pp. 8–9; Chrissanthos, 2004, p. 354.

⁶⁹ Phang, 2008, p. 119.

⁷⁰ Brunt, 1962, p. 77.

⁷¹ Marco Simón, 2021, p. 147.

⁷² App. *B Civ.* 2.140.

⁷³ Phang, 2008, p. 23.

⁷⁴ Weber, 2002, p. 172.

and the fruit of electoral success»⁷⁵ y que seguía siendo para este en el siglo I a. C. una fuente fundamental de prestigio⁷⁶.

Siguiendo con el modelo weberiano empleado para este análisis, «en el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones de confianza personal en la revelación, heroicidad o ejemplaridad»⁷⁷. Keaveney reduce los *imperatores* con carisma a Mario, Sila, Pompeyo, César y Octaviano⁷⁸. Obviamente la mayoría de *imperatores* no tendrían el carisma de los grandes personajes, pero quizás podríamos añadir a la lista a Marco Antonio, Sexto Pompeyo, Sertorio y algún otro. Volviendo al tema, por un lado, algunos de aquellos grandes comandantes de la República Tardía emplearon la religión (más que la «revelación» de la que hablaba Weber) como fuente de carisma⁷⁹, puesto que «trataban de justificar que sus acciones estaban más fundamentadas desde el punto de vista religioso que las de sus oponentes, y que los dioses los favorecían de una manera especial»⁸⁰. Algunos incluso se vinculaban directamente a la divinidad: César afirmaba descender de Venus en tanto que los *Iulii* provenían de Iulo (hijo de Eneas), Octaviano se presentaba como *divi filius* tras que César fuese divinizado (posteriormente a su asesinato), Marco Antonio se representaba como Dionisio y Sexto Pompeyo decía que Neptuno era su padre⁸¹. El uso de la religión podía tener unos tintes ciertamente manipulativos, como refleja la anécdota de la cierva blanca que había adiestrado Sertorio:

le atribuía un carácter divino y solía decir que la cierva era un regalo de Ártemis, y le atribuía que le revelaba muchas cosas ocultas [...] cuando se enteraba en secreto de que los enemigos habían atacado [...] fingía que la cierva se lo había dicho en sueños [...] cuando se había enterado de alguna victoria de sus propios generales, escondía al mensajero, y hacía avanzar a la cierva con una corona en señal de buenas noticias, animando a regocijarse y a hacer sacrificios a los dioses porque iban a saber algo bueno.⁸²

Por otra parte, los soldados romanos tendrían una mayor predisposición a obedecer a aquellos comandantes que considerasen «héroes», como pudiese ser el caso de Sila o César⁸³. La carga en solitario del mismo Sila en la batalla de Orcómeno (85 a. C.)⁸⁴ o las hazañas que Sertorio había realizado ya antes de la primera guerra civil⁸⁵ crearían un especial halo en torno a estos personajes, del mismo modo que lo haría la imagen de un comandante exitoso, poseedor de una *virtus* y capacidades militares

⁷⁵ Rosenstein, 2007, p. 132.

⁷⁶ Cadiou, 2018, p. 407.

⁷⁷ Weber, 2002, p. 173.

⁷⁸ Keaveney, 2007, pp. 33.

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 11–14; Phang, 2008, p. 89.

⁸⁰ Marco Simón, 2021, p. 204.

⁸¹ *Ibidem*, p. 206.

⁸² Plut. *Sert.* 11. Según Plutarco esta estratagema pretendía engañar a los indígenas hispanos, pero posiblemente tendría el mismo efecto en los soldados romanos (Ñaco del Hoyo y Principal, 2018, p. 387). Véase también App. *B Civ.* 1.110; Keaveney, 2007, p. 14; Phang, 2008, p. 90.

⁸³ Gruen, 1995, p. 7; Cagniard, 2007, p. 84.

⁸⁴ App. *Mith.* 49.

⁸⁵ Plut. *Sert.* 3–4.

superiores. Algo similar ocurriría con la ejemplaridad, que se manifestaría en la forma de ejercer el liderazgo, hecho que también generaría simpatías o rechazo entre los soldados. Para Keaveney, la clave para un general romano exitoso era la empatía⁸⁶, compartir las experiencias de sus hombres durante la campaña. Así lo expresaba Plutarco:

No hay una visión más agradable para el soldado romano que contemplar a su general comiendo el mismo rancho que él, acostado sobre un vulgar camastro o echando una mano a la hora de cavar un foso o levantar una empalizada. Sienten menos admiración por los jefes que les distribuyen honores y soldada que por los que toman parte en sus esfuerzos y peligros, y sienten más aprecio por los que comparten sus labores que por los que les permiten no hacer nada.⁸⁷

Podríamos mencionar diversos ejemplos: la sobriedad de Mario en África⁸⁸, Pompeyo participando personalmente en los entrenamientos con sus reclutas⁸⁹, un César que «se sometía gustoso a toda suerte de peligros, sin echarse atrás ante ninguna penalidad» y a cuyos soldados «lo que los dejaba atónitos era que aguantara la fatiga con una resistencia que parecía estar por encima de sus fuerzas físicas»⁹⁰... La siguiente frase de Mario, según Salustio, resumiría aquella actitud: «vivir tú en la molicie y someter al ejército a un martirio, eso es ser un amo, no un general»⁹¹.

Si sumamos estos hechos a los vínculos que pudiese generar un largo servicio exitoso bajo el mismo comandante⁹², podemos esperar la existencia de relaciones de confianza y lealtad personal hacia los comandantes por parte de los legionarios. Si bien Brunt opina que se han sobrestimado los lazos morales y que predominarían las expectativas de futuro sobre la gratitud por los hechos pasados⁹³, no hay que subestimar el papel que lo emocional podía tener en el apoyo que los legionarios prestaban a sus comandantes. Gruen ha señalado como el coraje y el magnetismo personal de César le garantizaron una lealtad fanática entre sus tropas⁹⁴. Plutarco describía así la influencia que César tenía en sus tropas:

Era tal la devoción y el celo que inspiraba su persona a sus soldados que incluso aquellos que no se habían destacado en absoluto en anteriores campañas se mostraban invencibles e irresistibles, dispuestos a afrontar cualquier peligro por la gloria de César.⁹⁵

La cultura material también nos permite acercarnos a aquella idea de una lealtad personal, haciendo referencia a la hipótesis propuesta por Langinoux del reparto de

⁸⁶ Keaveney, 2007, p. 15.

⁸⁷ Plut. *Mar.* 7.

⁸⁸ *Ibidem.*

⁸⁹ Plut. *Pomp.* 64.

⁹⁰ Plut. *Caes.* 17.

⁹¹ Sall. *Iug.* 85.

⁹² Pina Polo, 1999, p. 64.

⁹³ Brunt, 1962, p. 77.

⁹⁴ Gruen, 1995, p. 491.

⁹⁵ Plut. *Caes.* 16.

«entalles políticos» de pasta vítrea por los *imperatores* a los soldados⁹⁶. De los ejemplares datados entre el 40 y 30 a. C., 2 representarían a Bruto, 17 a Marco Antonio y 154 a Octaviano⁹⁷. La exhibición pública que realizarían los soldados o los veteranos del retrato de su comandante, en caso de portar anillos con los dichos entalles, reflejaría un grado de identificación personal con el comandante y un deseo de mostrar su vinculación con él, suponiendo además una muestra de simpatía o apoyo hacia su persona.

El análisis de la idea de una lealtad personal, no solo basada en lo carismático, sino también en lo material, invita a comentar los distintos términos que se han empleado para denominar aquella relación. Ahora bien, antes de ello hay que tener en cuenta que el fondo de la relación entre el *imperator* y su ejército era siempre la existente entre un representante de la *Res Publica* y una milicia-cívica de ciudadanos-soldados. Otra cuestión es que pudiesen sobreponerse o entrelazarse otras realidades sobre aquella base.

El primer conjunto de términos proviene de Apiano, quien ya asimilaba la relación de los triunviros (Octaviano, Marco Antonio y Lépido) y sus tropas con la de los tiranos griegos y los mercenarios helenísticos⁹⁸. Cadiou afirma que esto no era una descripción objetiva de una realidad histórica, sino una forma de acercar los hechos a las categorías de pensamiento de sus lectores griegos⁹⁹. Es cierto que algunos autores han mantenido que los *imperatores* romanos estaban al frente de ejércitos «mercenarios»¹⁰⁰, pero el uso de este término también ha sufrido una serie de rechazos¹⁰¹ y, como indica Pina Polo, no se puede considerar al ejército tardorrepblicano como mercenario, en tanto que este continuaba siendo una «milicia ciudadana»¹⁰².

La idea de «señores de la guerra» [«warlords»] con un ejército personal ya había sido avanzada por algunos autores¹⁰³, y si bien Keaveney rechazaba su aplicación a Sila, sí consideraba que los triunviros lo fueron¹⁰⁴. Este tema ha sido explorado recientemente por los investigadores. Zoumbaki ni coloca ni retira a Sila la etiqueta de señor de la guerra¹⁰⁵ y Rosenstein ha considerado que el fenómeno de los señores de la guerra era «a temporary aberration», sucedida en periodos de guerras civiles donde la legitimidad del gobierno en Roma estaba en cuestionamiento¹⁰⁶. Rich partiendo de la idea de señor de la guerra como «any individual non-state agent with military force at

⁹⁶ Laignoux, 2014, pp. 217–222. Véase el anexo 3.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 221.

⁹⁸ Cadiou, 2018, pp. 259–260.

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ Roldán Hervás, 1996, pp. 57–58; Cagniard, 2007, p. 82; Broadhead, 2007, p. 161.

¹⁰¹ Harmand, 1967, p. 416; Harmand, 1969, p. 62; de Blois, 2007, p. 167; Keaveney, 2007, pp. 92–93, 95; Phang, 2008, p. 23.

¹⁰² Pina Polo, 1999, p. 64.

¹⁰³ De Blois, 1987, p. 38; Morstein-Marx y Rosenstein, 2006, p. 635; Phang, 2008, p. 153.

¹⁰⁴ Keaveney, 2007, pp. 5, 34–35, 97.

¹⁰⁵ Zoumbaki, 2018, p. 373.

¹⁰⁶ Rosenstein, 2018, p. 297.

his control and able to act with effective autonomy»¹⁰⁷, considera que esta definición no se corresponde con la mayoría de *imperatores* tardorrepublicanos, sino solo a los primeros pasos de las carreras de Pompeyo Magno y Octaviano, cuando ambos realizaron reclutamientos sin poseer *imperium*¹⁰⁸, y a Sertorio y Sexto Pompeyo, durante los periodos en que, enfrentados a la autoridad en Roma, dominaron con sus propios ejércitos Hispania y Sicilia respectivamente¹⁰⁹. Ahora bien, resulta interesante la puntualización de Ñaco del Hoyo y Principal al afirmar que Sertorio puede ser considerado un señor de la guerra desde una perspectiva moderna, pero probablemente no desde la antigua, al no existir ningún término equivalente en latín¹¹⁰.

Por otro lado, la idea del *imperator* como un *patronus* al frente de un ejército clientelar ha tenido una amplia difusión¹¹¹. Aunque para Gabba el surgimiento de clientelas en el ejército se vinculaba a su proletarización¹¹², el concepto puede seguir teniendo potencial interpretativo, pues no era necesario ser proletario para ser cliente. Ahora bien, hay que tener en cuenta que los legionarios no solían ser clientes de su comandante antes de ser reclutado¹¹³ (salvo en casos excepcionales, como en el reclutamiento de Pompeyo antes citado) y no se convertían automáticamente en clientes de aquel comandante a quien tuviesen que obedecer¹¹⁴. De hecho, la relación clientelar no siempre surgía, pues dependía de la interacción entre los soldados y el *imperator* en cuestión, y de los *beneficia* que los primeros recibiesen del segundo. Cuando se establecían, las clientelas podían tener su continuación en la vida civil tras la desmovilización de las tropas¹¹⁵, pero esto no quiere decir que aquella lealtad fuese perpetua, como ejemplifica la renuncia de los veteranos de Pompeyo en Capua a volver a servir bajo su antiguo *imperator* en los comienzos de la segunda guerra civil¹¹⁶. Cabe destacar que Phang ha cuestionado la idea de la relación patrón-cliente desde una perspectiva interesante:

the late Republican generals' "patronage" of their soldiers, in which leaders and soldiers were mutually dependent and the material exchange of pay for support was explicit, was not true patronage because it failed to impose subordination.¹¹⁷

Roldán Hervás o Brand han expuesto ideas similares¹¹⁸. Estos comentarios invitan a reflexionar sobre hasta qué punto el apoyo de los legionarios a sus *imperatores* en época tardorrepublicana estaba condicionado.

¹⁰⁷ Rich, 2018, p. 269.

¹⁰⁸ Cabe recordar que ambos trataron de legitimar rápidamente su posición: Pompeyo era saludado por Sila como *imperator* (Plut. *Crass.* 6) y Octaviano recibió un *imperium* del senado (Rich, 2018, p. 280).

¹⁰⁹ Rich, 2018, pp. 277–286.

¹¹⁰ Ñaco del Hoyo y Principal, 2018, p. 405.

¹¹¹ Harmand, 1967, pp. 445–447; Syme, 1968, pp. 15, 352; Gabba, 1973, pp. 61–68; Roldán Hervás, 1996, pp. 52–55; Pina Polo, 1999, pp. 64–79; Alston, 2002, p. 35; Phang, 2008, p. 180; Thein, 2016, pp. 450–451.

¹¹² Gabba, 1973, p. 61.

¹¹³ Brunt, 1962, pp. 76–77; Keaveney, 2007, pp. 30–33.

¹¹⁴ Gruen, 1995, pp. 377–378; de Blois, 2007, p. 176.

¹¹⁵ Pina Polo, 1999, p. 64.

¹¹⁶ Cic. *Att.* 7.14.2; Gruen, 1995, p. 378.

¹¹⁷ Phang, 2008, p. 181.

6. Un apoyo condicionado

Algún autor ha afirmado que los soldados proporcionaban a sus comandantes un apoyo a cualquier coste en sus disputas políticas¹¹⁹. Sin embargo, las fuentes nos transmiten una realidad más conflictiva de las relaciones entre legionarios e *imperator*. Por ejemplo, Cornelio Nepote decía que los veteranos de su época no querían obedecer a sus jefes, sino que querían ser ellos quienes mandasen¹²⁰. Del mismo modo, conocemos como las tropas de César desobedecieron las órdenes dadas, cargando contra el enemigo en Gergovia (52 a. C.) y en Tapso (46 a. C.) con resultados dispares¹²¹. Tras el descalabro en Gergovia¹²², César recordaba que la docilidad y la obediencia eran igual de importantes en un soldado que su valor, pero ya vemos que aquellos legionarios estaban lejos de ser instrumentos dóciles para sus comandantes¹²³ y que no siempre obedecían incuestionablemente sus órdenes¹²⁴. Así pues, en este contexto resultaba fundamental la interacción y comunicación entre el *imperator* y sus legionarios.

El comandante que desease hablar a sus tropas podía reunirlos en una asamblea, una *contio*. En ella, el comandante, subido a una tribuna, daba rienda suelta a su oratoria, mientras las tropas asistían de pie, probablemente en formación¹²⁵. Los motivos para convocar una *contio* eran variados: alabar a sus tropas y entregarles recompensas (*laudatio* y *donatio*), darles reprimendas y castigarlas, arengar a los soldados antes de la batalla o informarles de cuestiones concretas (muchas veces de carácter político) y transmitirles órdenes¹²⁶. Como indica Pina Polo,

Al igual que las *contiones* civiles, las militares no tienen ninguna capacidad de decisión, limitándose los asistentes a escuchar en silencio. No obstante, en ocasiones, los soldados exteriorizaban sus sentimientos en forma de clamor, aprobando lo que se les comunicaba desde la tribuna. [...] Otras veces son protestas las que surgen de los congregados. [...] Incluso, en ocasiones, esos gritos son la respuesta a una solicitud formulada por el comandante a sus soldados.¹²⁷

Igualmente, si el comandante quería conocer la opinión o estado de humor de sus soldados, podía recorrer el campamento y dirigirse al soldado común, lo cual era beneficioso para la imagen que los soldados tenían de él¹²⁸. César nos proporciona un ejemplo de esto en el sitio de Avárico (52 a. C.):

Más aún, como César, inspeccionando los trabajos, se dirigiera a cada legión y dijera que, si las privaciones les parecían excesivamente duras, levantaría el sitio, todos le

¹¹⁸ Roldán Hervás, 1996, p. 53; Brand, 2019, p. 221.

¹¹⁹ Osgood, 2014, p. 315.

¹²⁰ Nep. *Eum.* 8.2.

¹²¹ Caes. *B Gall.* 7.52; *B Afr.* 82-83.

¹²² Caes. *B Gall.* 7.52.

¹²³ Cadiou, 2018, pp. 419-420.

¹²⁴ Chrissanthos, 2004, p. 341.

¹²⁵ Pina Polo, 1989, p. 204.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 206-218.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 205. En sentido similar, Chrissanthos, 2004, pp. 315-316.

¹²⁸ Chrissanthos, 1999, p. 200.

pedían que no hiciera esto [...] que considerarían una deshonra abandonar el asedio emprendido.¹²⁹

Del mismo modo, los soldados también podían dirigirse a sus superiores. Como indica Chrissanthos, el legionario, en tanto que ciudadano romano, tenía libertad de expresión, como parte de su *libertas*¹³⁰. Los soldados comenzarían conversando entre ellos acerca de los problemas que viesan en las condiciones de servicio y las tácticas de su comandante¹³¹. Si lo considerasen necesario, tenían formas de transmitir su opinión o quejas directamente al *imperator*. Un medio formal de hacerlo sería hablar con sus centuriones y tribunos militares para que estos le transmitiesen el mensaje a su superior¹³². Esto es precisamente lo que hicieron posteriormente los legionarios de César en Avárico para asegurarse de que a su comandante le quedaba clara su posición¹³³ o lo que hicieron las tropas de Lúculo para pedirle que pusiese fin a su marcha contra Artaxata (68 a. C.)¹³⁴. También existían modos informales como los gritos durante las *contiones* o incluso confrontar directamente al *imperator*¹³⁵. Un ejemplo de esto último lo podemos ver en una *contio* (y tras la misma) en la que Curión, en el 49 a. C., expuso sus dudas sobre la fidelidad de sus legionarios:

Conmovidos los soldados por este discurso, incluso interrumpieron frecuentemente a Curión mientras hablaba, de modo que parecía que soportaban con gran dolor la sospecha de deslealtad; es más, cuando se retiró de la asamblea, todos le exhortaron a que tuviera gran confianza y no dudara en entablar combate y probar su lealtad y valor.¹³⁶

Así pues, los legionarios romanos tenían derecho a expresarse libremente, pero no lo tenían a desobedecer las órdenes de su comandante o a desertar. Tales actos rompían el juramento realizado y constituían *seeditio*¹³⁷, lo que nosotros traduciríamos como amotinamiento. Precisamente, durante el siglo I a. C. se produce un aumento de los casos de *seeditio* en el ejército¹³⁸. Si Chrissanthos contabiliza 16 motines del 509 al 90 a. C., entre el 90 y el 40 a. C. señala 30¹³⁹. Los motines del periodo que tratamos podían tener dos motivos: el deseo de los soldados de finalizar el mando que su comandante tenían sobre ellos (ya sea a través de su sustitución por otra persona o abandonando su ejército) o provocar un cambio en las políticas y tácticas del *imperator*¹⁴⁰.

¹²⁹ Caes. *B Gall.* 7.17.

¹³⁰ Chrissanthos, 2004, p. 341.

¹³¹ *Ibidem*, p. 355.

¹³² *Ibidem*, pp. 357–358.

¹³³ Caes. *B Gall.* 7.17.

¹³⁴ Plut. *Luc.* 32; Chrissanthos, 2004, p. 364.

¹³⁵ *Ibidem*, pp. 358–360.

¹³⁶ Caes. *B Civ.* 3.33.

¹³⁷ Chrissanthos, 1999, p. 11.

¹³⁸ Keaveney, 2007, p. 80.

¹³⁹ Chrissanthos, 1999, p. 1.

¹⁴⁰ *Ibidem*, pp. 160–161.

El comandante romano, en virtud de su *imperium*, podía elegir con absoluta libertad como castigar a los soldados amotinados, sin que estos tuviesen derecho de apelación (*provocatio*)¹⁴¹. Ahora bien, Keaveney ha destacado la impunidad con la que se insubordinaron las legiones en este periodo, lo cual explica por la necesidad que los comandantes tenían de disponer del apoyo de sus tropas¹⁴². Phang, por otro lado, ha destacado que los principales *imperatores* de la República tardía preferían disciplinar a sus tropas mediante los *exempla* y las apelaciones al honor y la vergüenza¹⁴³. Para explicar aquella impunidad, conviene recordar que un 73% de los motines entre el 90 y 40 a. C. fueron exitosos y que del 27% de victorias de los comandantes solo la mitad fueron duraderas¹⁴⁴. Por tanto, los comandantes en la mayoría de los casos simplemente carecían de poder coercitivo para castigar a los amotinados.

Otro elemento destacable es que solo un 23% de los motines conllevaron una acción violenta contra el comandante¹⁴⁵, ocurridos todos estos, excepto uno, en los años ochenta. Si ya en el 89 los soldados lanzaron trozos de barro a Lucio Porcio Catón y murió apedreado Aulo Postumo Albino, fueron también asesinados después los *imperatores* Quinto Pompeyo Rufo (88), Valerio Flaco (86), Cina (84), Papiro Carbón (80) y Sertorio (72)¹⁴⁶, aunque este último no fue asesinado por la tropa, sino por sus oficiales. Ahora bien, la mayoría de veces no hallamos ese deseo de acabar con la vida del *imperator*. Keaveney afirma que el motín, la desertión y la confraternización con el enemigo derivan del rechazo a la autoridad del general¹⁴⁷. Sin embargo, no eran necesariamente síntoma de rechazo al comandante en sí. Por ejemplo, cuando se amotinaron los soldados de Afranio y Petreyo (49 a. C.), planteando entregarse a César, estos pedían «la garantía del general sobre la vida de Petreyo y Afranio, para que no pareciera que habían concebido un crimen y traicionado a los suyos»¹⁴⁸. De hecho, hasta el propio César, muy bien considerado por sus tropas, sufrió motines en los años 58, 49 y 47¹⁴⁹. Como indica de Blois, el carisma no eximía a aquellos líderes de mantener sus promesas y justificar sus acciones ante los soldados¹⁵⁰.

Keaveney ha establecido una división de los motines en dos periodos: uno del 91 al 81 (guerra social y primera guerra civil) y otro del 49 al 31 (segunda guerra civil y periodo triunviral), dedicándose los soldados, según él, a reaccionar en el primero a las acciones de sus *imperatores* con una «ira ciega» [«blind rage»] y a tomar la iniciativa en el segundo reclamando beneficios materiales¹⁵¹. Ahora bien, esta clasificación tiene el problema de que considera el motín un fenómeno propio de la guerra de los aliados y de las guerras civiles, cuando Chrissanthos ha demostrado que se daba por igual en

¹⁴¹ Phang, 2008, p. 115.

¹⁴² Keaveney, 2007, pp. 81–82.

¹⁴³ Phang, 2008, p. 113.

¹⁴⁴ Chrissanthos, 1999, pp. 163–164.

¹⁴⁵ *Ibidem*, pp. 161–162.

¹⁴⁶ *Ibidem*, pp. 49–52, 55–56, 58–59, 60–61, 64–65.

¹⁴⁷ Keaveney, 2007, p. 171.

¹⁴⁸ Caes. *B Civ.* 1.74.

¹⁴⁹ Chrissanthos, 1999, pp. 66–68, 73–75; de Blois, 2007, pp. 174–175; Keaveney, 2007, pp. 82–85.

¹⁵⁰ De Blois, 1987, p. 55.

¹⁵¹ Keaveney, 2007, pp. 96–98.

periodos de paz, de guerra exterior y de guerra civiles¹⁵². Los 30 motines entre el 90 y 40 a. C. se distribuyen equitativamente entre esas tres situaciones.

El propio Chrissanthos ha realizado también un interesante análisis global de las causas del motín militar en época tardorrepublicana. En primer lugar, debía existir un motivo subyacente, siendo los más frecuentes los problemas monetarios (como el retraso en los pagos, no recibir los bonus prometidos o la distribución del botín) y la falta de confianza en las capacidades del comandante¹⁵³. Así pues, en el 68 los soldados de Lúculo, a quienes no se les había dado la posibilidad de saquear ninguna ciudad¹⁵⁴, ante las súplicas de su comandante «arrojaban a sus pies sus monederos vacíos. Le instaban a que luchara él solo contra los enemigos, ya que sólo él sabía cómo enriquecerse»¹⁵⁵ y en el 44, tras la derrota de Carras, los soldados de Craso le obligaron a negociar con el enemigo ya que no creían que este fuese a ser capaz por sí mismo de sacarlos con vida de territorio parto¹⁵⁶. También podía representar esa causa profunda el trato recibido por los soldados, la lealtad previa a otro comandante o un servicio demasiado largo¹⁵⁷. Esto último era a lo que aducían las legiones de César cuando se amotinaron en el 49 y 47, aunque según Casio Dion los soldados realmente no querían volver a la vida civil, sino que trataban de presionar a César para obtener más beneficios materiales¹⁵⁸. Sobre aquella base, algunos elementos podían generar las condiciones óptimas o el ambiente necesario para un motín, como pudiese ser el temor a un ejército enemigo (hecho que veríamos en los casos de Afranio y Petreyo, Lúculo o Craso) o la influencia de terceros que estimulasen la insubordinación¹⁵⁹. Finalmente, un determinado evento proporcionaría a los soldados la ocasión de amotinarse, como pudiese ser el discurrir de una *contio* o la ausencia del comandante¹⁶⁰. Ciertos autores han presentados el motín como una cuestión exclusivamente económica (asociada a la idea del legionario proletario), un mero chantaje o el resultado de la combinación entre la pauperización y codicia de las tropas¹⁶¹; pero estas interpretaciones suponen una simplificación extrema que obvia el resto de los factores que acabamos de comentar.

Según Chrissanthos, para los legionarios del siglo I a. C. la *seditio* era la máxima extensión de sus libertades de acción, pensamiento y expresión¹⁶². Todo lo visto permite afirmar que aquellos soldados no seguían automáticamente a sus generales¹⁶³. Por tanto, hay que abandonar la idea de Mommsen de un ejército que «se somete dócil a la voluntad de su jefe»¹⁶⁴. De hecho, los soldados poseían una actividad política

¹⁵² Chrissanthos, 1999, pp. 162–163.

¹⁵³ *Ibidem*, pp. 166–170.

¹⁵⁴ Plut. *Luc.* 14.

¹⁵⁵ Plut. *Luc.* 35; Chrissanthos, 1999, p. 168.

¹⁵⁶ Plut. *Cras* 30; Chrissanthos, 1999, pp. 169–170.

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 170–171.

¹⁵⁸ Cass. Dio. 41.26, 42.53; Chrissanthos, 1999, pp. 75–73.

¹⁵⁹ *Ibidem*, pp. 174–179.

¹⁶⁰ *Ibidem*, pp. 182–184.

¹⁶¹ Harmand, 1967, p. 283; Roldán Hervás, 1996, pp. 53, 57.

¹⁶² Chrissanthos, 1999, p. 33.

¹⁶³ Alston, 2002, p. 33; Erdkamp, 2006, p. 295; de Blois, 2007, p. 164.

¹⁶⁴ Mommsen, 1987, p. 996.

sofisticada¹⁶⁵ y Chrissanthos afirma que los motines permitieron a los legionarios convertirse en el poder dominante en el estado romano¹⁶⁶. Como indica Pina Polo, fueron los soldados quienes «tomaron conciencia de su protagonismo y de su capacidad de decisión» en política¹⁶⁷. Por tanto, no resulta extraño ver como en un siglo de guerras civiles, en el que «el debate y la persuasión tendieron a ser sustituidos por el uso de las armas»¹⁶⁸, «los soldados asumían el papel decisivo en la resolución de la crisis republicana y se convertían en el poder fáctico determinante»¹⁶⁹.

Ahora bien, si los legionarios romanos marcaron con sus propias decisiones el devenir de la crisis de la República tardía, salta la pregunta de qué motivos les condujeron a apoyar sus *imperatores* en las guerras civiles, que razones tuvieron para seguir a sus comandantes en acciones ilegales, que les estimuló a atacar a aquellos romanos que su líder consideraba enemigos... La explicación no resulta simple. Podemos tomar como ejemplo de la complejidad de esta cuestión el caso de la desertión de la legión Marcia en el 44 a. C. de Marco Antonio para marchar a Alba Longa con Octaviano en el contexto de la guerra de Módena¹⁷⁰. Conocemos la presencia de agentes de Octaviano en el campamento de Marco Antonio y la existencia de episodios de tensión previos entre Antonio y la tropa¹⁷¹: en *Brundisium* los soldados habían reprochado a Antonio no haber actuado contra los asesinos de César y le obligaron a realizar una *contio* para dar explicaciones. En ella Antonio reprendió a sus tropas por su ingratitud y por no haberle entregado a los enviados de Octaviano. Anunció que pensaba trasladar el ejército a la Galia y entregarle cien dracmas a cada uno, pero los soldados se mofaron de su tacañería y cuando Antonio se irritó, estos abandonaron la asamblea sin que Antonio la hubiese disuelto. Tras esto, Antonio ejecutó a 300 sediciosos para restaurar el orden, lo cual enfureció especialmente a los soldados de la legión Marcia¹⁷². Apiano narra que

A la vista de esta situación, aquellos a los que Octavio había enviado para corromper a los soldados de Antonio, inundaron el campamento con muchos panfletos invitándoles a cambiar la mezquindad y crueldad de Antonio por el recuerdo de César, la ayuda a Octavio y la participación de sus pródigos regalos.¹⁷³

Si bien el rechazo a Antonio y la memoria de César parecen evidentes, cuando la legión Marcia cambió de bando, Cicerón explicó los hechos a raíz de la adhesión de aquellos hombres a la República y les prometió la entrega de recompensas¹⁷⁴. Esto genera una duda: ¿Qué pesó más? ¿Las consideraciones políticas (ya fuesen «cesarianas» o «republicanas») o las consideraciones materiales? No se puede dar una

¹⁶⁵ Alston, 2002, p. 8.

¹⁶⁶ Chrissanthos, 1999, p. 208.

¹⁶⁷ Pina Polo, 1999, p. 125.

¹⁶⁸ *Ibidem*.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 219.

¹⁷⁰ Chrissanthos, 1999, pp. 77–78.

¹⁷¹ App. *B Civ.* 3.43; Chrissanthos, 1999, pp. 75–76.

¹⁷² App. *B Civ.* 3.47.

¹⁷³ App. *B Civ.* 3.44.

¹⁷⁴ Cic. *Phil* 13.6-7.

respuesta absoluta, pero cabe destacar que nos hallamos en esta misma disyuntiva a la hora de explicar el apoyo que las distintas legiones prestaron a sus respectivos *imperatores* a lo largo de todas las guerras civiles tardorreplicanas. En los dos siguientes apartados, se examinará con más detenimiento el papel de ambos tipos de motivaciones.

7. Motivaciones materiales del apoyo

Durante las guerras civiles era habitual acusar al enemigo político de corromper a las tropas con dinero para lograr su apoyo¹⁷⁵, habiendo sido recogido este planteamiento por los historiadores modernos. Gran parte de ellos ha concedido a las razones económicas el papel de principal causa por la que los legionarios seguirían a sus *imperatores* durante aquellas guerras civiles. Gabba lo expresaba así:

In realtà, sull'impulso e sul sentimento della massa devono aver influito unicamente considerazioni di ordine economico: oltre allo *stipendium* e all'eventuale bottino di guerra, un loto di terra come premio per il servizio¹⁷⁶

Así pues, en el momento en que no hubiese una razón de conveniencia económica se romperían los lazos entre soldado y comandante¹⁷⁷. Brunt y Alston afirmaban que los soldados dependían económicamente de las ganancias que pudieran obtener durante su servicio¹⁷⁸ y para Harmand el soldado esperaba ante todo que su comandante lo enriqueciese, estableciéndose una relación puramente interesada entre soldado e *imperator* (con la excepción de César según él)¹⁷⁹. Se daría lo que Harmand denominaba en términos despectivos «un phénomène de parasitisme social»¹⁸⁰ o «mendicité militaire»¹⁸¹. Ahora bien, ya se ha especificado previamente en este trabajo que estos autores partían de la concepción de un ejército proletario, además de profesional y voluntario (con la excepción de Brunt en este punto). Habiendo cuestionado esta visión, los razonamientos que diversos autores han hecho a partir de la idea de que los soldados veían el servicio militar como una profesión, un medio de subsistencia¹⁸², solo se los podemos aplicar a una pequeña minoría de aquellos soldados. Ahora bien, ¿el hecho de que el ejército no estuviese compuesto mayoritariamente por proletarios nos obliga a desechar la idea de que pudiese haber motivaciones materiales detrás del apoyo de los legionarios a sus comandantes? No. Como vamos a ver, estas motivaciones estuvieron presentes a través de tres elementos: el botín, los repartos de tierras y las distribuciones monetarias.

¹⁷⁵ McDonnell, 1990, p. 60.

¹⁷⁶ Gabba, 1973, p. 60.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 68.

¹⁷⁸ Brunt, 1971, p. 75; Alston, 2002, p. 35.

¹⁷⁹ Harmand, 1967, pp. 442, 480.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 480.

¹⁸¹ Harmand, 1969, p. 65.

¹⁸² Harmand, 1967, pp. 409–410; Syme, 1968, p. 15; Gabba, 1973, p. 59; Mommsen, 1987, p. 207; Gruen, 1995, p. 4; Roldán Hervás, 1996, p. 49; Erdkamp, 2006, p. 292.

En el 88 a. C. Sila marchó con su ejército contra la ciudad de Roma, sentando un peligroso precedente. Era la primera vez que los «soldados romanos marcharon sobre la ciudad para imponer por las armas una opción política en favor de un determinado *imperator*» y la acción «fue indiscutiblemente ilegal y debe ser valorada como un auténtico golpe de Estado»¹⁸³. Para explicar porque el ejército de Sila decidió no solo apoyarle, sino incluso incitarle a ello, hay que tener en cuenta que en Roma, durante la ausencia de Sila, una ley comicial propuesta por Sulpicio le había quitado el mando de la guerra contra Mitridates VI y se lo había entregado a Mario. Apiano afirma que el ejército de Sila «se hallaba deseoso de la guerra contra Mitridates por estimarla lucrativa, y pensaba que Mario enrolaría para ella a otros soldados en vez de a ellos»¹⁸⁴. Por tanto, para buena parte de la historiografía el posible botín de aquella guerra sería la principal razón por la que los legionarios estaban dispuestos a seguir a Sila¹⁸⁵, siendo Brunt quien lo ha explicitado de forma más clara por: «Desire for plunder made the soldiers readier to follow their generals in civil wars, irrespective of the cause they professed to represent»¹⁸⁶. Tras que Sila declarase ilegales las medidas de Sulpicio¹⁸⁷, una vez en las provincias orientales, sus soldados saquearon Atenas y Beocia y esquilmaron Asia Menor¹⁸⁸. Durante la primera guerra civil Sila también permitió a sus soldados saquear ciudades en Italia¹⁸⁹ y años después, durante la conjura de Catilina (63-62 a. C.), hubo veteranos de Sila que, recordando aquellos saqueos, se sumaron a la misma¹⁹⁰.

Esto no era una característica exclusiva de los ejércitos de Sila. De hecho, era una práctica aceptada y esperada¹⁹¹. Por ejemplo, los ejércitos marianos también actuaron así en la primera guerra civil y el de Lépido saqueó Mesanna tras la batalla de Nauloco (36 a. C.)¹⁹². Igualmente, Apiano decía que según algunos autores Bruto prometió en Filipos (42 a. C.) a sus soldados saquear Lacedemón (Esparta) y Tesalónica si vencían¹⁹³. Jurgern von Ungern-Sternberg incluso ha simplificado la guerra de las Galias como una enorme campaña de saqueos diseñada para dar a César un poderoso ejército con el que cumplir sus ambiciones políticas¹⁹⁴. Este deseo generalizado de botín para Harmand era una novedad del siglo I a. C., habiéndose creado un «*exercitus de pillards*» a raíz de la combinación de la proletarización y el bajo nivel del *stipendium*¹⁹⁵. Por el contrario, Gruen ha negado ese carácter novedoso, siendo el reparto de botín una

¹⁸³ Pina Polo, 1999, pp. 104–105.

¹⁸⁴ App. *B Civ.* 1.57.

¹⁸⁵ Brunt, 1962, p. 78; Pina Polo, 1999, p. 102; Konrad, 2006, p. 179; Cagniard, 2007, p. 82; Potter, 2014, p. 72; von Ungern-Sternberg, 2014, p. 87; Brand, 2019, p. 231.

¹⁸⁶ Brunt, 1962, p. 78.

¹⁸⁷ App. *B Civ.* 1.58.

¹⁸⁸ Gruen, 1995, p. 370; Cagniard, 2007, p. 83.

¹⁸⁹ Thein, 2016, p. 468.

¹⁹⁰ Sall *Cat.* 16; Cic. *Cat.* 2.20; Thein, 2016, p. 453.

¹⁹¹ Gruen, 1995, p. 370.

¹⁹² Thein, 2016, p. 466-167.

¹⁹³ App. *B Civ.* 4.118.

¹⁹⁴ Von Ungern-Sternberg, 2014, p. 92.

¹⁹⁵ Harmand, 1969, p. 63.

práctica existente desde el siglo V a. C.¹⁹⁶. Así pues, el legionario romano de cualquier época siempre esperaba que el éxito de la campaña significase la adquisición del botín (con la diferencia de que ahora no lo obtenían solo de tierras extranjeras, sino también italianas)¹⁹⁷. Tras asaltar una ciudad lo normal era que los soldados tuviesen vía libre para saquear, violar y matar¹⁹⁸. Ahora bien, tenía que autorizarlo el *imperator*¹⁹⁹. De hecho, el motín que César sufrió en el 49 se asocia también a su negativa a permitir que sus soldados saqueasen ciudades²⁰⁰, dada su política de *clementia*.

Cabe destacar que cada soldado no se quedaba con lo que encontraba, sino que el *imperator* también decidía como se repartían los *praeda*: los soldados reunían lo obtenido y las ganancias se repartían bajo la atención del comandante y sus oficiales²⁰¹, habiendo tres posibles destinatarios concurrentes: los soldados, el *imperator* y el «pueblo romano»²⁰². En el siglo I a. C. existió una tensión entre los soldados y el Estado sobre cómo gestionar los beneficios de la guerra²⁰³, sin que por ello olvidemos que Salustio decía que «el botín de guerra lo cogían y dilapidaban los generalísimos con unos pocos»²⁰⁴.

El segundo gran elemento sería el reparto de tierras. En primer lugar, hay que tener en cuenta que estos se daban en ocasiones puntuales y en un determinado contexto, no era algo sistemático y no todos los veteranos del siglo I a. C., ni siquiera la mayoría según Cadiou, recibieron un lote de tierras al final de su servicio²⁰⁵. El soldado cuando era reclutado no tenía ninguna garantía ni promesa de recibir tierras en el futuro²⁰⁶. Ahora bien, el número de ellos que sí lo hicieron es considerable.

Si bien ya se habían producido repartos entre el 338 y el 169 a. C., para tiempos de Mario la práctica ya había caído en desuso²⁰⁷. En el 103 y el 100 se aprobaron (no sin episodios de tensión) repartos a los veteranos de Mario²⁰⁸, aunque resulta difícil calcular a cuantos soldados incluyeron. Posteriormente, durante su dictadura Sila concedió tierras a los hombres que habían luchado por él en la guerra civil. Si bien Apiano afirma que se repartieron tierras a 120.000 veteranos²⁰⁹, Brunt prefiere reducir la cifra a 80.000²¹⁰. Por otro lado, aunque el senado había aceptado en el año 70 conceder tierras a los veteranos de Pompeyo de las guerras sertorianas, tal medida nunca tuvo lugar.

¹⁹⁶ Gruen, 1995, p. 371.

¹⁹⁷ Keaveney, 2007, pp. 37, 97.

¹⁹⁸ Thein, 2016, p. 466.

¹⁹⁹ Coudry, 2009, p. 27.

²⁰⁰ Cass. Dio. 41.26; Chrissanthos, 1999, pp. 73–74; Keaveney, 2007, p. 44.

²⁰¹ Coudry, 2009, pp. 25, 27.

²⁰² *Ibidem*, p. 50.

²⁰³ *Ibidem*, p. 36.

²⁰⁴ Sall. *Iug.* 46. En este caso Salustio hace referencia a la guerra de Jugurta (112-105 a. C.), pero vemos ejemplos posteriores de esto. Por ejemplo, Craso en Tuder durante la primera guerra civil (Plut. *Crass.* 6).

²⁰⁵ Cadiou, 2018, pp. 351–352.

²⁰⁶ Keaveney, 2007, p. 62.

²⁰⁷ Broadhead, 2007, pp. 149–157.

²⁰⁸ Pina Polo, 1999, pp. 73–75; Broadhead, 2007, p. 159. Gabba por otro lado creía que el reparto del año 100 había quedado anulado (Gabba, 1973, p. 112).

²⁰⁹ App. *B. Civ.* 1.104; Pina Polo, 1999, p. 119.

²¹⁰ Brunt, 1971, p. 305. Está de acuerdo con él Broadhead (2007, p. 159).

Luego fracasaron los intentos en el 63 y en el 60 de repartos a los soldados de Pompeyo durante su campaña en Asia y finalmente fue Julio César quien logró que se aprobase la medida²¹¹, que incluiría a 25.000 veteranos²¹². El propio César durante su dictadura daría tierras en Italia a 20.000 veteranos y establecería a 20.000 (10.000 cesarianos y 10.000 pompeyanos) en colonias en África, Hispania y Galia²¹³. Del mismo modo, según estima Brunt, tras la batalla de Filipos (42 a. C.) recibirían tierras en Italia 50.000 veteranos y tras la de Accio (31 a. C.) 57.000, además de 28.000 posiblemente asentados en colonias provinciales²¹⁴. A esto habría que sumar 20.000 veteranos tras la batalla de Nauloco (36 a. C.)²¹⁵.

Así pues, las cifras son considerables. En cuanto a la cantidad de tierra, conocemos que el reparto de tierras en África aprobado en el año 100 para los veteranos de Mario era de 100 *iugera*²¹⁶, 25 hectáreas, y que en época triunviral los lotes repartidos en *Volaterrae* comprendían entre 25 y 60 *iugera*, es decir, entre 6,25 y 15 hectáreas²¹⁷. Para conseguirlos se emplearon tres métodos en Italia (con distinto peso según el momento): recuperación de terrenos del *ager publicus*, confiscaciones sin compensación y expropiaciones con compensación²¹⁸.

El deseo de tierras de los soldados llevó a episodios de gran tensión con Octaviano en época triunviral²¹⁹. No obstante, ¿qué provocaba ese deseo? Mientras se mantuvo la idea de un ejército proletario, el planteamiento privilegiado era que los proletarios querían tierras para reintegrarse en la vida civil como pequeños agricultores propietarios y para ello debían apoyar a un *imperator* poderoso que lograra el reparto frente la oposición del senado²²⁰. Gabba tenía una idea distinta: los soldados querían tierras como un capital fácilmente convertible en dinero a través de su venta²²¹. Sin embargo, Brunt la rechaza, pues si lo que querían era dinero, habría sido más fácil aumentar sus recompensas monetarias que obtener tierras que darles²²². Otra cuestión es que hubiese casos, como entre los veteranos de Sila, en que estos «abandonaran o vendieran pronto sus tierras, bien por su escasa calidad, bien por su incapacidad para competir con los grandes propietarios»²²³. Ahora bien, la existencia de un ejército mayoritariamente compuesto por campesinos propietarios no está opuesta al deseo de tierras. Conviene recordar la siguiente afirmación de Keaveney: «Those who already

²¹¹ Tatum ha propuesto que los soldados de César en el 49 recordarán que había sido él, y no Pompeyo, quien había logrado tierras para los veteranos en el 59. Por tanto, era en César en quien podían confiar (Tatum, 2006, p. 207).

²¹² Brunt, 1971, p. 312; Broadhead, 2007, p. 170.

²¹³ Broadhead, 2007, pp. 160–161.

²¹⁴ Brunt, 1962, pp. 328, 342.

²¹⁵ Laignoux, 2015, p. 398.

²¹⁶ Pina Polo, 1999, p. 73. Un *iugerum* equivale a 0,25 hectáreas.

²¹⁷ Brunt, 1971, p. 331; Gabba, 1973, p. 137.

²¹⁸ Laignoux, 2015, p. 406.

²¹⁹ Cass. Dio. 48.9.

²²⁰ Brunt, 1962, p. 79; de Blois, 1987, p. 19; Roldán Hervás, 1996, p. 51; Erdkamp, 2006, pp. 292–293; Broadhead, 2007, p. 158; Potter, 2014, p. 71; von Ungern-Sternberg, 2014, p. 85.

²²¹ Gabba, 1973, pp. 60, 128–129.

²²² Brunt, 1962, p. 82.

²²³ Pina Polo, 1999, p. 119.

had land looked for more or better»²²⁴. La posibilidad de conseguir una explotación de mayor extensión²²⁵ o con tierras más productivas sería un importante aliciente, pudiendo deshacerse luego del lote de tierras que menos les interesase. Podría servir de ejemplo el caso de los legionarios de César que acampaban en los templos de Roma, tras haber vendido ya sus bienes, a la espera de partir hacia sus nuevas tierras²²⁶.

El tercer elemento serían las distribuciones monetarias extraordinarias o *congiaria*. Originalmente poco comunes y asociadas a los triunfos, desde época de Sila fueron aumentando progresivamente tanto en frecuencia como en cantidad de dinero correspondiente a cada soldado²²⁷. El caso de la batalla de Filipos (42 a. C.) sería una buena muestra de la importancia que llegaron a adquirir. Bruto y Casio entre su paso por el golfo de Melana y la segunda parte de la batalla de Filipos realizaron cuatro distribuciones: una de cantidad desconocida, una de 1500 denarios por soldado, otra de 50 denarios y una de 1000 o 2000 denarios según las fuentes²²⁸. En el otro bando, Octaviano había repartido 5 denarios a cada soldado antes del primer choque en Filipos y, previamente al segundo, Marco Antonio prometió 5.000 denarios a cada uno²²⁹. Por ello, Bruto decía que aquellos ejércitos luchaban por motivos mercenarios²³⁰.

Por contraposición, podríamos destacar que hay episodios en que las tropas parecen renunciar a lo material en beneficio de su *imperator*. Por ejemplo, cuando los soldados de Sila «viendo que se necesitaría una gran cantidad de dinero, le ofrecieron e hicieron entrega de cuanta riqueza tenían»²³¹; cuando tras cruzar el Rubicón los de César ofrecieron a su *imperator* «su concurso gratuito, sin trigo ni soldada, tomando los más ricos a su cargo la manutención de los más pobres»²³² o en la comparación que Pompeyo hacía entre el entorno del procónsul Lucio Domicio, que buscaba salvar sus *villae* y pensaba en sus intereses particulares, y las cohortes procedentes de Piceno y Camerino, que habían abandonado sus *fortunas* por el bien del interés colectivo²³³. De todos modos, resulta imposible saber si esto era sentido como un desprendimiento sincero de lo material o como una inversión de cara al futuro.

Para concluir, debemos recordar que en la mentalidad militar romana se asumía que la guerra debía traer beneficios a los combatientes²³⁴. Las gratificaciones, el botín e incluso las tierras formaban parte de los *praemia militiae* que recibían los ejércitos

²²⁴ Keaveney, 2007, p. 67.

²²⁵ Rosenstein en sus modelos agrarios hipotetiza con los casos de familias de *adsidui* con 20,8-23,9 *iugera*, es decir, 5,2-5,975 hectáreas y con 7 *iugera*, equivalente a 1,25 hectáreas (Rosenstein, 2004, pp. 68–69, 75). Si comparamos las extensiones mencionadas más arriba con estas cifras, los lotes repartidos podían suponer una clara mejora.

²²⁶ App. *B Civ.* 2.120; Cadiou, 2018, p. 354.

²²⁷ Laignoux, 2014, p. 200.

²²⁸ App. *B Civ.* 4.89-101,118; Plut. *Brut.* 39, 44, 46; Laignoux, 2014, p. 223.

²²⁹ App. *B Civ.* 4.120; Plut. *Brut.* 39; Laignoux, 2014, p. 223.

²³⁰ Brunt, 1962, p. 79. Ya he expresado en la página 17 las reticencias existentes al término «mercenario».

²³¹ Plut. *Sull.* 27. Cabe destacar que Sila rechazó la oferta.

²³² Suet. *Iul.* 68.

²³³ Cic. *Att.* 8.12b; Cadiou, 2018, pp. 372–373.

²³⁴ Keaveney, 2007, p. 46.

victoriosos²³⁵. Aun partiendo de esta base, podemos estar de acuerdo con Raphaëlle Laignoux en la siguiente afirmación:

Les revenus des soldats augmentent considérablement à la fin de la République, sans doute parce que les récompenses matérielles constituent l'un des principaux moyens utilisés par les hommes politiques pour fidéliser leurs troupes et les engager dans les guerres civiles.²³⁶

Del mismo modo, hay una tendencia hacia una cada vez mayor exigencia de recompensas materiales por los soldados. Como expresa Keaveney, quizás con cierta hipérbole,

Sulla had complete mastery of his men. Caesar's, however, faltered and he had to listen to their demands. [...] [The Triunvirs] were absolute rulers only because they had great armies, and those armies could not be compelled and remained loyal only because they received donatives and land²³⁷.

Visto el bloque de las motivaciones materiales del apoyo, en el siguiente apartado se tratará si lo político llegó a tener alguna influencia o solo importaban los intereses particulares de los soldados.

8. Motivaciones políticas del apoyo

Se ha convertido en lugar común para muchos autores afirmar que los legionarios de época tardorrepublicana estaban alienados de la vida civil y que les resultaban completamente indiferentes las cuestiones políticas y constitucionales²³⁸. Los soldados proletarios, que se pensaba que componían los ejércitos, no sentían adhesión por las instituciones de la *Res Publica* y la llegada de los itálicos a las legiones, tras que se les concediese la ciudadanía romana (90-89 a. C.), debilitaba la lealtad a Roma²³⁹. Sin embargo, existe otra tendencia que ha tratado de negar estas afirmaciones. Gruen ha afirmado que el servicio militar no alienaba a los soldados de la República²⁴⁰ y que la búsqueda de beneficio no conllevaba una falta de patriotismo²⁴¹. Cadiou ha dado un paso más allá. Según el autor francés, el ejército no solo era visto en la época como un *exercitus populi Romani*, de ciudadanos que cogían las armas por el interés común²⁴², sino que era «un cadre privilégié de l'affirmation et de l'intégration du citoyen»²⁴³. El ejército y la guerra eran el único espacio en el que el simple ciudadano podía afirmar su identidad cívica (como miembro pleno de la comunidad política) y masculina (como

²³⁵ Cadiou, 2018, p. 353.

²³⁶ Laignoux, 2014, p. 199.

²³⁷ Keaveney, 2007, p. 67.

²³⁸ Brunt, 1962, p. 76; Syme, 1968, p. 159; Gabba, 1973, pp. 61, 64–67; Mommsen, 1987, p. 271; Roldán Hervás, 1996, p. 56; Alston, 2002, p. 35; Cagniard, 2007, p. 84; de Blois, 2007, pp. 12–13; Potter, 2014, pp. 72–74.

²³⁹ Le Beau, 1759, p. 468; Syme, 1968, p. 15; Alston, 2002, p. 29; Erdkamp, 2006, p. 94; Cagniard, 2007, p. 82.

²⁴⁰ Gruen, 1995, p. 383.

²⁴¹ *Ibidem*, p. 369.

²⁴² Cadiou, 2018, p. 216.

²⁴³ *Ibidem*, p. 409.

varón con *virtus*)²⁴⁴, funcionando además el servicio en las legiones para los itálicos como factor de integración y vector de su nueva identidad cívica²⁴⁵.

Debemos recordar que, dado que el reclutamiento se realizaba por conscripción, durante las guerras civiles la mayoría de los soldados no habrían tenido originalmente la posibilidad de elegir el bando en que combatían (pudiendo luego desertar)²⁴⁶. Sin embargo, hay distintas ocasiones en las que podemos rastrear esa mentalidad cívica-política detrás de una toma de decisiones. Si regresamos al caso del ejército de Sila en el 88, la acción era completamente ilegal, como ya hemos dicho antes, pero para entender el pensamiento de los soldados quizás debemos pensar más en la idea de «legitimidad» que en la de «legalidad», como dice Morstein-Marx²⁴⁷. Cuando Sila se reunió con las tropas, este denunció ante ellas el ultraje que «Sulpicio y Mario le habían hecho»²⁴⁸. Aquel ultraje no sería solo una ofensa personal, sino que, en tanto que Sila era cónsul, arrebatárle el mando de la guerra para entregárselo a un *privatus*, como era Mario, suponían una violación de las normas de la *Res Publica* y una ofensa contra la *dignitas* del cónsul y del pueblo romano que lo había elegido²⁴⁹. Hay debate sobre si la medida aprobada por Sulpicio era legal o no²⁵⁰, pero probablemente esta perdería toda legitimidad a ojos de los soldados cuando se enterasen de que, previamente a su aprobación, Sulpicio y sus seguidores habían promovido un ambiente de violencia que había obligado a los dos cónsules a abandonar Roma y en el que había sido asesinado el hijo de Quinto Pompeyo, el otro cónsul²⁵¹. Los soldados posiblemente compartirían la idea de Sila de que marchaban contra Roma «para librarla de los tiranos»²⁵² y la noción, que más tarde Marco Tulio Cicerón pondría en boca de su hermano Quinto, de que la marcha contra Roma era una acción de autodefensa del estado [*Res Publica*]²⁵³. Como expresaba Gruen:

The soldiers took orders, not from a rebel chief bent on overthrowing the Republic, but from a Roman consul, the head of state, challenging those who had usurped his authority.²⁵⁴

Keaveney opina que con este episodio Sila politizó al ejército romano, en el sentido de invitarlo a participar directamente en política, a tener una opinión e imponerla por las armas²⁵⁵. Según él, les habría enseñado que los enemigos de Roma también se hallaban dentro de la ciudad²⁵⁶, si bien parece que desde la época de los asesinatos de los Gracos ya se había impuesto «la tesis de que la seguridad del Estado

²⁴⁴ *Ibidem*, pp. 408-409.

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 419.

²⁴⁶ Pina Polo, 2019, pp. 148-149.

²⁴⁷ Morstein-Marx, 2011, p. 276.

²⁴⁸ App. *B Civ.* 57.

²⁴⁹ Morstein-Marx, 2011, pp. 264-265.

²⁵⁰ Pina Polo, 1999, p. 101; Morstein-Marx, 2011, p. 263.

²⁵¹ App. *B Civ.* 56; Pina Polo, 1999, p. 101; Morstein-Marx, 2011, p. 263.

²⁵² App. *B Civ.* 57.

²⁵³ Cic. *Leg.* 3.20; Morstein-Marx, 2011, pp. 261-262.

²⁵⁴ Gruen, 1995, p. 383.

²⁵⁵ Keaveney, 2007, p. 95.

²⁵⁶ *Ibidem*.

justificaba el empleo de la violencia contra los que la pusieran en peligro»²⁵⁷. Morstein-Marx no niega que las tropas de Sila pudiesen querer el botín de la campaña en Asia, pero las motivaciones humanas están lejos de ser un juego de suma cero y pudo haber una doble causa en el apoyo a Sila²⁵⁸.

La segunda marcha contra Roma la protagonizó Cina en el 87 a. C. Tras una serie de episodios de tensión de Cina con su *collega* en el consulado, Octavio, y un enfrentamiento armado en el foro, Cina salió de Roma y el senado abrogó su consulado y ciudadanía²⁵⁹. El relato de Apiano sobre como Cina convenció al ejército de Capua para que le apoyase resulta perfectamente ilustrativo de la apelación a la mentalidad cívica de los soldados.

Avanzando como cónsul hasta el medio de los soldados, hizo deponer las fasces como si fuera un privado y dijo llorando: «De vosotros, ciudadanos, recibí este cargo, pues el pueblo me eligió; el senado, sin embargo, me ha depuesto sin contar con vosotros. Y aunque yo he sufrido esto como una desgracia personal, no obstante, me aflijo por vosotros, pues ¿por qué, a partir de ahora, vamos a granjearnos el favor de las tribus en las votaciones?, ¿qué necesidad tenemos de vosotros?, ¿dónde residirá vuestro poder en las asambleas o en las votaciones, o en las elecciones de cónsules, si no consolidáis aquello que otorgáis y os dejáis arrebatarse lo que vosotros mismos habéis votado?»

Después de pronunciar estas palabras para excitarlos y despertar mucha compasión hacia su persona, se desgarró el vestido y, bajando de un salto de la tribuna, se arrojó al suelo en medio de ellos y permaneció allí largo rato hasta que los soldados conmovidos le levantaron, y, después de haberle colocado de nuevo sobre la silla curul, pusieron enhiestas las fasces y le animaron a tener valor, puesto que era cónsul, y a guiarles a donde quisiera.²⁶⁰

En este caso el vínculo entre la ofensa a la *dignitas* del cónsul y la ofensa a la *maiestas* del pueblo romano resulta aún más evidente que en el anterior²⁶¹. Del mismo modo, observamos aquí que los legionarios no se limitan a ser oyentes pasivos, sino que como ciudadanos toman parte activa. Otro elemento que podemos apreciar en ambos casos es que, como destaca de Blois, en el periodo tardorrepublicano los líderes de acciones colectivas tenían mucha más credibilidad entre la multitud si tenían una posición formal fuerte, es decir, una magistratura²⁶². Esta idea de la importancia de una posición formal, la podemos trasladar a otros contextos. Por ejemplo, en el caso de Sertorio su movimiento aparecía como «como el último reducto de resistencia política contra el régimen silano»²⁶³. Sin embargo, él se veía como «the champion of

²⁵⁷ Pina Polo, 1999, p. 47. Igualmente, Konrad afirma que se había roto el acuerdo tácito de no llevar las disputas políticas al terreno de la violencia letal (Konrad, 2006, p. 170).

²⁵⁸ Morstein-Marx, 2011, p. 275. De Blois ya había alcanzado una conclusión similar sobre una doble motivación (de Blois, 1987, p. 43).

²⁵⁹ Pina Polo, 1999, p. 110; Morstein-Marx, 2011, p. 265.

²⁶⁰ App. *B Civ.* 65-66.

²⁶¹ Morstein-Marx, 2011, p. 278.

²⁶² De Blois, 2007, p. 166.

²⁶³ Pina Polo, 1999, p. 130.

Republican legitimacy against a faction which had seized power at Rome»²⁶⁴ y se presentaría ante sus tropas como un legítimo procónsul. De hecho, se han hallado proyectiles lanzados por sus honderos con la inscripción *Q(uintus) Sert(orius) proco(n)s(ul)*²⁶⁵.

Si tratamos el caso de la marcha de César sobre Roma en el 49 a. C. vemos de nuevo como la ofensa contra una magistratura servía de pretexto. En la asamblea que César organizó frente a la decimotercera legión este presentó tanto argumentos personales como de interés general²⁶⁶. Entre ellos, César se quejó «de que se haya sentado un precedente en la república al perseguir y oprimir con las armas el derecho de veto de los tribunos que había sido restablecido en años anteriores»²⁶⁷. Los soldados respondieron al discurso de César «que estaban dispuestos a defender a su general y a los tribunos de la plebe, de las injurias de sus enemigos»²⁶⁸.

Historiográficamente cabe señalar que, a diferencia de otros casos, los historiadores han destacado desde muy pronto las motivaciones políticas del ejército de César. Mommsen a mediados del siglo XIX se refería a este como «el ejército liberal» y sus miembros eran «hombres de las milicias de las ciudades y aldeas de la alta Italia, que acababan de abrir su inteligencia a la pura y poderosa idea de las libertades civiles, dispuestos a luchar y aun a morir en defensa de su nueva fe»²⁶⁹. Posteriormente, en 1969 Harmand defendía que César había politizado a sus soldados y los había comprometido en un partido antioligárquico y romano-italiano, formando esto parte de lo que Harmand denominaba «socialisme militaire césarien»²⁷⁰. Ambos planteamientos son anacrónicos y exagerados, pero sirven de ejemplo de hasta qué punto ha calado en un sector de la historiografía la idea de los cesarianos como defensores de las libertades, aunque haya habido algún autor como Brand que ha acusado a los soldados de César de carecer de cualquier concepción de virtud cívica²⁷¹. Como expresó Gruen, los soldados de César no pretendían derribar la República y habían sido llamados por su *imperator* (de forma sincera o no) a defender el sistema constitucional, los derechos de los tribunos y la *libertas* frente a una facción que buscaba monopolizar el poder y le obligaba a la guerra²⁷². Desde su punto de vista, seguir a César sería el único modo de luchar por la *libertas*²⁷³ y, según el propio César, el centurión primipilo de la décima legión había dicho antes de la batalla de Farsalia: «Sólo nos queda este combate; terminado el cual, nosotros recobramos nuestra libertad y él [César] su dignidad»²⁷⁴. Sin embargo, Pompeyo también les hablaba a sus hombres de la libertad y «la defensa

²⁶⁴ Rich, 2018, p. 282.

²⁶⁵ Díaz Ariño, 2005, pp. 233–234. Véase el anexo 4.

²⁶⁶ Pina Polo, 1999, p. 219.

²⁶⁷ Caes. *B Civ.* 7. Según Plutarco, esta cuestión «fue el principal elemento empleado para aguijar a sus soldados» posteriormente (Plut. *Caes.* 31).

²⁶⁸ Caes. *B Civ.* 7.

²⁶⁹ Mommsen, 1987, pp. 858-859.

²⁷⁰ Harmand, 1969, pp. 71–72. Véase también Harmand, 1967, p. 493.

²⁷¹ Brand, 2019, p. 309.

²⁷² Gruen, 1995, p. 384, 491-492.

²⁷³ Tatum, 2006, p. 207.

²⁷⁴ Caes. *B Civ.* 91.

de la constitución patria»²⁷⁵, teniendo al menos parte de aquellos soldados seguramente el mismo sentimiento. La «gran paradoja», como dice Pina Polo, es que la segunda guerra civil, que resultó en la disolución del sistema político vigente, era luchada por dos bandos que decían defenderlo²⁷⁶.

El peso e iniciativa de los ejércitos creció progresivamente tanto²⁷⁷, que estos no solo eran capaces de comenzar guerras, sino también de evitarlas. Aunque algunos autores ponen la disposición de los legionarios a enfrentarse a otros romanos como ejemplo de la pérdida de su mentalidad cívica²⁷⁸, hay que recordar casos como en el que las tropas de Octaviano y Marco Antonio obligaron a ambos a reconciliarse en Brundisium en el 40 a. C.²⁷⁹. Ahora bien, como Morstein-Marx y Rosenstein afirman, ningún ejército que iniciase una guerra civil lo hizo por desafección a la República. En lugar de ello, lo que se produce es una fragmentación de la legitimidad republicana, perdiendo el senado el cuasi-monopolio que había tenido de ella hasta entonces²⁸⁰. Al fin y al cabo, «the Senate was not the *res publica* but merely a particularly powerful pressure group within the state»²⁸¹. En ese contexto, puede que los intereses materiales de los soldados y sus motivaciones políticas apuntasen en la misma dirección, sin que ello conllevara ninguna contradicción para ellos²⁸². Como dice Keaveney, en el legionario del siglo I a. C. existían simultáneamente el deseo de beneficio y la voluntad de intervenir en política²⁸³. Para entender la actitud política de los soldados, hay que recordar además que todo legionario conocía algo de la cultura política romana²⁸⁴ y que en ella se habían desarrollado a lo largo del siglo I a. C. dos fenómenos que vemos reflejado en las acciones de las legiones. Estos fenómenos son el «recurso creciente al hombre providencial» y la «generalización de la violencia como método político»²⁸⁵. Ninguno de los dos lo habían creado los soldados. El primero lo podríamos ver desde las elecciones consecutivas en comicios de Mario como cónsul (104-100 a. C.) y el segundo desde el asesinato de Tiberio Sempronio Graco por miembros del senado en el año 133. Por tanto, cabría preguntarnos hasta qué punto los legionarios romanos actuaban en política de forma distinta de muchos de sus conciudadanos. La idea de un ejército cívico no era incompatible con la violencia del *bellum civile*²⁸⁶. Además, la tradición decía a los soldados que en el pasado el método para ganar mayores derechos políticos y sociales había sido la acción emprendida por parte del ejército plebeyo²⁸⁷. Así pues, cuando en el siglo I a. C. un *imperator* pedía ayuda a sus soldados para

²⁷⁵ App. *B Civ.* 2.50-51.

²⁷⁶ Pina Polo, 1999, pp. 220-221. En un sentido similar, Keaveney, 2007, p. 43; von Ungern-Sternberg, 2014, p. 95.

²⁷⁷ Keaveney, 2007, p. 55.

²⁷⁸ Roldán Hervás, 1996, p. 55; Erdkamp, 2006, p. 294.

²⁷⁹ App. *B Civ.* 5.57-64. Syme, 1968, p. 217; Chrissanthos, 1999, pp. 136-159; Keaveney, 2007, p. 50.

²⁸⁰ Morstein-Marx y Rosenstein, 2006, pp. 632-633. Véase también, Morstein-Marx, 2011, p. 277.

²⁸¹ Alston, 2002, p. 28.

²⁸² Morstein-Marx y Rosenstein, 2006, p. 633.

²⁸³ Keaveney, 2007, p. 55.

²⁸⁴ Chrissanthos, 2004, p. 365.

²⁸⁵ Pina Polo, 1999, p. 16.

²⁸⁶ Cadiou, 2018, p. 420.

²⁸⁷ Chrissanthos, 2004, p. 348.

imponer un determinado programa u opción política, estos, si estaban de acuerdo, se involucraban²⁸⁸. Podríamos concluir, como dice Cadiou, que

En ce sens, l'implication des armées dans ces guerres civiles constituait à certains égards une modalité de l'exercice de leur *libertas* par les citoyens présents dans les legions.²⁸⁹

9. Conclusiones

Este trabajo ha intentado mostrar que no se puede conceder una causa única al apoyo que los legionarios prestaron a las ambiciones políticas de sus *imperatores* en época tardorrepública. El planteamiento tradicional, según el cual el tránsito de una milicia cívica de *adsidui* a un ejército profesional, voluntario y proletario explicaría por sí solo los comportamientos de las legiones en el siglo I a. C., presentaba una serie de problemas ya antes de que Cadiou cuestionase sus bases. En primer lugar, dando una primacía absoluta a lo económico, obviaba toda una serie de factores cuya importancia han recogido otros autores. Por otro lado, asociaba las motivaciones económicas exclusivamente a los proletarios.

Para explicar las acciones de aquellas legiones que empujaron la política romana hacia el poder unipersonal he tratado de tener en cuenta la mayor cantidad posible de factores. Así pues, he señalado que los legionarios eran mayoritariamente campesinos propietarios reclutados por conscripción, aunque con una minoritaria presencia de voluntarios proletarios. Por tanto, el ejército romano tardorrepúblicano seguía siendo una milicia cívica bajo la autoridad de un *imperator*. Aquel *imperator* actuaba como representante de la *Res Publica* y poseía autoridad legal sobre sus tropas, sumándose a esta la autoridad tradicional que tenía como aristócrata sobre los miembros del *populus* y la autoridad carismática proveniente de su heroísmo, ejemplaridad o especial relación con los dioses. En muchos casos, la confianza en el carisma del *imperator* y los vínculos generados por el servicio juntos daban lugar a relaciones de lealtad personal al *imperator*, que incluso en ciertos casos se convertían en relaciones clientelares a partir de los *beneficia* que el soldado recibía de su comandante.

Ahora bien, los soldados no seguían automáticamente a su *imperator* a partir de su autoridad o de la existencia de una lealtad personal. La comunicación entre *imperator* y legionario era necesaria para una buena relación, y los soldados siempre podían forzar la situación a través del recurso a la *sestio* para obligar al comandante a cambiar sus políticas o para finalizar su mando sobre ellos. De este modo, los legionarios tenían capacidad de decisión propia y un *imperator* que quisiese movilizarlos a su favor debía darles razones para ello. Las motivaciones materiales ciertamente existieron y se podían concretar en el deseo de botín, de tierras o de distribuciones monetarias extraordinarias. Sin embargo, frente a la idea de la indiferencia de los legionarios hacia la política y su desafección a la República, también se puede constatar el papel que jugaron las motivaciones políticas y la mentalidad cívica del soldado tardorrepúblicano. En un

²⁸⁸ Keaveney, 2007, p. 42.

²⁸⁹ Cadiou, 2018, p. 420.

contexto de fragmentación de la legitimidad republicana, la opinión que tuviesen los legionarios sobre la legitimidad política de las acciones de sus *imperatores* pesó más que su legalidad. Como han tratado de mostrar autores como Morstein-Marx y Keaveney, las motivaciones materiales y políticas coexistieron en la mente de los soldados tardorrepublicanos, siendo complementarias. Al considerar todo esto, se abre un panorama mucho más complejo sobre el apoyo de los legionarios a sus *imperatores* en época tardorrepublicana.

10. Bibliografía

Autores clásicos

- Apiano (ed. 1980) *Historia romana I*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo.
- Apiano (ed. 1985) *Historia romana II. Guerras civiles (Libros I-II)*, Madrid: Gredos. Traducción y notas de Antonio Sancho Royo.
- Apiano (ed. 1985) *Historia romana III. Guerras civiles (Libros III-V)*, Madrid: Gredos. Traducción y notas de Antonio Sancho Royo.
- Autores del corpus cesariano (ed. 2005) *Guerra de Alejandría, Guerra de África, Guerra de Hispania*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Pere J. Quetglas.
- Cicerón (ed. 1996) *Cartas I. Cartas a Ático (Cartas 1-161D)*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez.
- Cicerón (ed. 1996) *Cartas II. Cartas a Ático (Cartas 162-426)*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez.
- Cicerón (ed. 1995) *Discursos V. En defensa de Sexto Roscio Amerino, En defensa de la Ley Manilia, En defensa de Aulo Cluencio, Catilinas, En defensa de Lucio Murena*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Jesús Aspa Cereza.
- Cicerón (ed. 2006) *Discursos VI. Filípicas*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de María José Muñoz Jiménez.
- Cicerón (ed. 2009) *Las leyes*, Madrid: Gredos. Traducción, introducción y notas de Carmen Teresa Pabón de Acuña.
- Cornelio Nepote (ed. 1985) *Vidas*, Madrid: Gredos. Introducción de Vicente Ramón Palerm, traducción y notas de Manuel Segura Moreno.
- Dión Casio (ed. 2004) *Historia romana. Libros XXXVI-XLV*, Madrid: Gredos. Traducción y notas de José María Candau Morón y María Luisa Puertas Castaños.
- Dión Casio (ed. 1957) *Dio's Roman History IX*, Londres-Cambridge (Massachusetts): William Heinemann LTD - Harvard University Press. Edición bilingüe con traducción y notas de Earnest Cary.
- Julio César (ed. 2005) *Guerra civil*, Madrid: Gredos. Introducción y notas de Pere J. Quetglas, traducción de Julio Calongue.

- Julio César (ed. 2001) *Guerra de las Galias. Libro VIII*, Madrid: Gredos. Edición bilingüe con traducción y vocabulario de Valentín García Yebra e Hipólito Escolar Sobrino.
- Polibio (ed. 1981) *Historias. Libros V-XV*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Manuel Balasch Recort.
- Plutarco (ed. 2007) *Vidas paralelas IV. Aristides-Catón, Filopemén-Flaminio, Pirro-Mario*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Juan M. Guzmán Hermida y Óscar Martínez García.
- Plutarco (ed. 2007) *Vidas paralelas V. Lisandro-Sila, Cimón-Lúculo, Nicias-Craso*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Jorge Cano Cuenca, David Hernández de la Fuente y Amanda Ledesma.
- Plutarco (ed. 2007) *Vidas paralelas VI. Alejandro-César, Agesilao-Pompeyo, Sertorio-Eumenes*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Jorge Bergua Cavero, Salvador Bueno Morillo y Juan Manuel Guzmán Hermida.
- Salustio (ed. 1997) *Conjuración de Catilina, Guerra de Jugurta, Fragmentos de las «Historias»*, Madrid: Gredos. Introducción, traducción y notas de Bartolomé Segura Ramos.
- Suetonio (ed. 1992) *Vida de los doce Césares I*, Madrid: Gredos. Introducción de Antonio Ramírez de Verger y traducción de Rosa María Agudo Cubas.

Fuentes secundarias

- Alston, Richard (2002) «The role of the military in the Roman Revolution», *Aquila legionis: cuadernos de estudios sobre el Ejército Romano*, 3, pp. 7–42.
- Brand, Steele (2019) *Killing for the Republic: Citizen-Soldiers and the Roman Way of War*. Baltimore: Josh Hopkins University Press.
- Broadhead, Will (2007) «Colonization, Land Distribution, and Veteran Settlement», en Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 148–163.
- Brunt, Peter A. (1962) «The Army and the Land in the Roman Revolution», *Journal of Roman Studies*, 52(1–2), pp. 69–86.
- Brunt, Peter A. (1971) *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*. Nueva York: Oxford University Press.
- Cadiou, François (2018) *L'armée imaginaire. Les Soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République*. París: Les Belles Lettres.

- Cagniard, Pierre (2007) «The Late Republican Army (146–30 BC)», en Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 80–95.
- Chrissanthos, Stefan George (1999) *Seditio: Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C.* University of Southern California.
- Chrissanthos, Stefan George (2004) «Freedom of Speech and the Roman Republican Army», en Sluiter, Ineke y Rosen, Ralph M. (eds.) *Free Speech in Classical Antiquity*. Leiden-Boston: Brill, pp. 341–367.
- Connoly, Peter (1981) *Greece and Rome at War*. Londres: Prentice-Hall.
- Coudry, Marianne (2009) «Parage et gestion du butin dans la Rome républicaine: procédures et enjeux», en Coudry, Marianne y Humm, Michel (eds.) *Praeda. Butin de guerre et société dans la Rome républicaine/Kriegsbeute und Gesellschaft Im republikanischen Rom*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, pp. 21–79.
- De Blois, Lukas (1987) *The Roman Army and Politics in the First Century Before Christ*. Amsterdam: J. C. Gieben.
- De Blois, Lukas (2007) «Army and General in the Late Roman Republic», en Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 164–179.
- De Ligt, Luuk (2007a) «Roman Manpower and Recruitment During the Middle Republic», en Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 114–131.
- De Ligt, Luuk (2007b) «Roman Manpower Resources and the Proletarianization of the Roman Army in the Second Century BC», en de Blois, Lukas y Lo Cascio, Elio (eds.) *The Impact of the Roman Army (200 BC - AD 476). Economic, Social, Political, Religious and Cultural Aspect. Proceedings of the Sixth Workshop of the International Network Impact of Empire (Roman Empire, 200 B.C. -AD 476) Capri, March 29 - April 2, 2005*. Leiden-Boston: Brill, pp. 3–20.
- Díaz Ariño, Borja (2005) «*Glandes inscriptae* de la Península Ibérica», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, (153), pp. 219–236.
- Erdkamp, Paul (2006) «Army and Society», en Rosenstein, Nathan y Morstein-Marx, Robert (eds.) *A companion to the Roman Republic*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 278–296.
- Erdkamp, Paul (2007) «War and State Formation in the Roman Republic», en Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 96–113.

- Fustel de Coulanges, Numa Denis (1870) «Les Institutions militaires de la république romaine et leurs rapports avec les Institutions politiques», *Revue des Deux Mondes*, 90, pp. 269–314.
- Gabba, Emilio (1973) *Esercito e società nella tarda Repubblica romana*. Florencia: La Nuova Italia.
- Gauthier, François (2016) «The Changing Composition of the Roman Army in the Late Republic and the So-Called “Marian-Reforms”», *Ancient History Bulletin*, 30(3–4), pp. 103–120.
- Gómez-Pantoja, Joaquín y Morales, Fernando (2002) «Sertorio en Numancia: Una nota sobre los campamentos de La Gran Atalaya», en Morillo Cerdán, Ángel (ed.) *Arqueología militar romana en Hispania*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Ediciones Polifemo, pp. 303–310.
- Gruen, Erich S. (1995) *The Last Generation of the Roman Republic*. Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California Press [1ª ed. 1974].
- Harmand, Jacques (1967) *L'Armée et le Soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*. Paris: A. et J. Picard et Cie.
- Harmand, Jacques (1969) «Le prolétariat dans la légion de Marius à la veille du second *bellum civile*», en Brisson, Jean-Paul (ed.) *Problèmes de la guerre à Rome*. Paris - La Haye: Mouton & Co y École Pratique des Hautes Etudes, pp. 61-73.
- Hazel, John (2002) *Quién es quién en la Antigua Roma*. Madrid: Acento [1ª ed. en inglés, 2001].
- Hornblower, Simon y Spawforth, Antony (eds.) (1996) *The Oxford Classical Dictionary*. Tercera edición. Oxford: Oxford University Press.
- Keaveney, Arthur (2007) *The army in the Roman revolution*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Konrad, Christoph. F. (2006) «From the Gracchi to the First Civil War (133–70)», en Rosenstein, Nathan y Morstein-Marx, Robert (eds.) *A companion to the Roman Republic*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 167–189.
- Laignoux, Raphaëlle (2014) «Des guerres à prix d'or: multiplication et cérémonialisation des distributions exceptionnelles à la fin de la République», en Reddé, Michel (ed.) *De l'or pour les braves! Soldes, armées et circulation monétaire dans le monde romain*. Burdeos: Ausonius, pp. 199–227.
- Laignoux, Raphaëlle (2015) «Politique de la terre et guerre de l'ager a la fin de la République. Ou comment César et les triumvirs ont “inventé” des terres pour leurs

veterans», *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité*, 127(2), pp. 397–415.

Le Beau, M. (1759) «Premier mémoire. De la nature, du nom et de l'origine de la Légion, et jusqu'à quel temps cette milice a subsisté», *Histoire de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles-lettres, avec les Mémoires de Littérature tirés des Registres de cette Académie, depuis l'année M.DCCLII, jusques et compris l'année M.DCCLIV*, 25, pp. 462–479.

Marco Simón, Francisco (2021) *Cultus deorum: la religión en la antigua Roma*. Madrid: Síntesis.

McDonnell, Myles (1990) «Borrowing to Bribe Soldiers: Caesar's "De Bello Civili" 1.39», *Hermes*, 118(1), pp. 55–66.

Mommsen, Theodor (1987) *Historia de Roma II. De la Revolución al Imperio*. Madrid: Aguilar [1ª ed. en alemán, 1855-1856].

Morstein-Marx, Robert (2011) «Consular appeals to the army in 88 and 87: the locus of legitimacy in late-republican Rome», en Beck, Hans et al. (eds.) *Consuls and Res Publica. Holding High Office in the Roman Republic*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 259–278.

Morstein-Marx, Robert y Rosenstein, Nathan (2006) «The Transformation of the Republic», en Rosenstein, Nathan y Morstein-Marx, Robert (eds.) *A companion to the Roman Republic*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 625–637.

Ñaco del Hoyo, Toni y Principal, Jordi (2018) «Q. Sertorius: A Warlord in Hispania?», en Ñaco del Hoyo, Toni y López Sánchez, Fernando (eds.) *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*. Leiden-Boston: Brill, pp. 380–414.

Osgood, Josiah (2014) «The Rise of Empire in the West (264–50 B.C.)», en Flower, Harriet I. (ed.) *The Cambridge Companion to the Roman Republic*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 303–320 [1ª ed. 2004].

Phang, Sara Elise (2008) *Roman Military Service. Ideologies of Discipline in the Late Republic and Early Principate*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pina Polo, Francisco (1989) *Las contiones civiles y militares en Roma*. Zaragoza: Departamento de Ciencias de la Antigüedad-Universidad de Zaragoza.

Pina Polo, Francisco (1999) *La crisis de la República (133-44 a. C.)*. Madrid: Síntesis.

Pina Polo, Francisco (2019) «Losers in the Civil War between Caesarians and Pompeians. Punishment and Survival», en Hölkeskamp, Karl-Joachim y Beck, Hans (eds.) *Verlierer und Aussteiger in der ‚Konkurrenz unter Anwesenden‘*.

Agonalität in der politischen Kultur des antiken Rom. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, pp. 147–166.

- Potter, David (2014) «The Roman Army and Navy», en Flower, Harriet I. (ed.) *The Cambridge Companion to the Roman Republic*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 54–77[1ª ed. 2004].
- Rich, John W. (2018) «Warlords and the Roman Republic», en Ñaco del Hoyo, Toni y López Sánchez, Fernando (eds.) *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*. Leiden-Boston: Brill, pp. 267–294.
- Roldán Hervás, José Manuel (1996) *El ejército de la República romana*. Madrid: Arco.
- Rosenstein, Nathan (2004) *Rome at War. Farms, Families, and Death in the Middle Republic*. Chapel Hill-Londres: The University of North Carolina Press.
- Rosenstein, Nathan (2007) «Military Command, Political Power, and the Republican Elite», in Erdkamp, Paul (ed.) *A Companion to the Roman Army*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 132–147.
- Rosenstein, Nathan (2018) «Why No Warlords in Republican Rome?», en Ñaco del Hoyo, Toni y López Sánchez, Fernando (eds.) *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*. Leiden-Boston: Brill, pp. 295–307.
- Summer, Graham (2009) *Roman Military Dress*. Stroud: The History Press.
- Syme, Ronald (1968) *The Roman Revolution*. Londres-Oxford-Nueva York: Oxford University Press [1ª ed. 1939].
- Tatum, W. Jeffrey (2006) «The Final Crisis (69–44)», en Rosenstein, Nathan y Morstein-Marx, Robert (eds.) *A companion to the Roman Republic*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell, pp. 190–211.
- Thein, Alexander (2016) «Booty in the Sullan Civil War of 83-82 B. C.», *Historia: Zeitschrift für alte Geschichte*, 65(4), pp. 450–472.
- Vollenweider, Marie-Louise (1976-1979) *Musée d'Art et d'Histoire de Genève. Catalogue raisonné des sceaux, cylindres et intailles. Volume II. Les portraits, les masques de théâtre, les symboles politiques. Une contribution à l'histoire hellénistique et romaine*. Maguncia: Philipp von Zabern.
- Von Ungern-Sternberg, Jürgen (2014) «The Crisis of the Republic», en Flower, Harriet I. (ed.) *The Cambridge Companion to the Roman Republic*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 78–98 [1ª ed. 2004].
- Weber, Max (2002) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España [1ª ed. en alemán, 1922].

Zoumbaki, Sophia (2018) «Sulla, the Army, the Officers and the poleis of Greece: A Reassessment of Warlordism in the First Phase of the Mithridatic Wars», en Ñaco del Hoyo, Toni y López Sánchez, Fernando (eds.) *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*. Leiden-Boston: Brill, pp. 351–379.